

@j • K@Xăc aŠã|æ Ē!*

GUILLERMO SHAKESPEARE

OTELO

TRADUCCIÓN DE
MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

BARCELONA
1881

OTELO

PERSONAJES

DUX DE VENECIA.

El senador BRABANCIO.

GRACIANO, su hermano.

LUIS, su pariente.

Varios Senadores.

OTELO, moro al servicio de la Republica.

CASIO, teniente suyo.

YAGO, su alférez.

RODRIGO, caballero veneciano.

MONTANO, gobernador de Chipre antes que Otelo.

Un criado de Otelo.

DESDÉMONA, hija de Brabancio y mujer de Otelo.

EMILIA, mujer de Yago.

BLANCA, querida de Casio.

UN MARINERO, UN NUNCIO, UN PREGONERO, ALGUACI-
LES, MÚSICOS, CRIADOS, etc.

ACTO I
ESCENA PRIMERA

Una calle de Venecia

RODRIGO Y YAGO

RODRIGO

No vuelvas a tocar esa cuestión, Yago; mucho me pesa que estés tan enterado de eso tú a quien confié mi bolsa, como si fuera tuya.

YAGO

¿Por qué no me oís? Si alguna vez me ha pasado tal pensamiento por la cabeza, castigadme como os plazca.

RODRIGO

¿No me dijiste que le aborrecías?

YAGO

Y podéis creerlo. Más de tres personajes de esta ciudad le pidieron con la gorra en la mano que me hiciese teniente suyo. Yo sé si valgo como soldado y si sabría cumplir con mi obligación. Pero él, orgulloso y testarudo se envuelve en mil retóricas hinchadas y bélicas metáforas, y acaba por decirles que no, fundado en que ya tiene su hombre. ¿Y quién es él? Un tal Miguel Casio, florentino, gran matemático, lindo y condenado, como una mujer hermosa. Nunca ha visto un campo de batalla, y entiende tanto de guerra como una vieja. No sabe más que la teoría, lo mismo que cualquier togado. Habilidad y práctica ninguna. A ese ha preferido, y yo que delante de Otelo derramé tantas veces mi sangre en Chipre, en Rodas y en otras mil tierras de cristianos y de gentiles, le he parecido inferior a ese necio saca cuentas. Él será el teniente del moro, y yo su alférez.

RODRIGO

¡Ira de Dios! Yo mejor sería su verdugo.

YAGO

Cosa inevitable. En la milicia se asciende por favor y no por antigüedad. Decidme ahora si hago bien o mal en aborrecer al moro.

Pues entonces, ¿por qué no dejas su servicio?

YAGO

Sosígate: le sigo por mi interés. No todos podemos mandar, ni se encuentran siempre fieles criados. A muchos verás satisfechos con su condición servil, bestias de carga de sus amos, a quienes agradecen la pitanza, aunque en su vejez los arrojen a la calle. ¡Qué lástima de palos! Otros hay que con máscara de sumisión y obediencia atienden sólo a sutilidad, y viven y engordan a costa de sus amos, y llegan a ser personas de cuenta. Éstos aciertan, y de éstos soy yo. Porque habéis de saber, Rodrigo, que si yo fuera el moro, no sería Yago, pero siéndolo, tengo que servirle, para mejor servicio mío. Bien lo sabe Dios: si le sirvo no es por agradecimiento ni por cariño ni obligación, sino por ir derecho a mi propósito. Si alguna vez mis acciones dieran indicio de los ocultos pensamientos de mi alma, colgaría de la manga mi corazón para pasto de grajos. No soy lo que parezco.

RODRIGO

¡Qué fortuna tendría el de los labios gruesos, si consiguiera lo que desea!

YAGO

Vete detrás del padre; cuenta el caso por las plazas; amotina a todos los parientes, y aunque habite en delicioso clima, hiere tú sin cesar sus oídos con moscas que le punquen y atormenten; de tal modo que su misma felicidad llegue a él tan mezclada con el dolor, que pierda mucho de su eficacia.

RODRIGO

Hemos llegado a su casa. Le llamaré.

YAGO

Llámale a gritos y con expresiones de angustia y furor, como si de noche hubiese comenzado a arder la ciudad.

RODRIGO

¡Levantaos, señor Brabancio!

YAGO

¡Levantaos, Brabancio! ¡Que los ladrones se llevan vuestra riqueza y vuestra hija! ¡Al ladrón, al ladrón!

(Aparece Brabancio en la ventana)

BRABANCIO

¿Qué ruido es ese? ¿Qué pasa?

¿Teníais en casa toda la familia?

YAGO

¿Estaban cerradas todas las puertas?

BRABANCIO

¿Por qué esas preguntas?

YAGO

Porque os han robado. Vestíos presto, por Dios vivo. Ahora mismo está solazándose con vuestra blanca cordera un macho negro y feo. Pedid ayuda a los ciudadanos, o si no, os vais a encontrar con nietos por arte del diablo. Salid.

BRABANCIO

¿Te has vuelto loco?

RODRIGO

¿No me conocéis, señor?

BRABANCIO

No te conozco. ¿Quién sois?

RODRIGO

Soy Rodrigo, señor.

BRABANCIO

Pues lo siento mucho. Ya te he dicho que no pasees la calle a mi hija, porque no ha de ser esposa tuya, y ahora sales de la taberna medio borracho, a interrumpir mi sueño con gritos e impertinencias.

RODRIGO

¡Señor, señor!

BRABANCIO

Pero has de saber que mi condición y mi nobleza me dan fáciles medios de vengarme de ti.

RODRIGO

Calma, señor.

BRABANCIO

¿Qué decías de robos? ¿Estamos en despoblado o en Venecia?

RODRIGO

Vos, señor Brabancio, sois de aquellos que no obedecerían al diablo aunque él les mandase amar a Dios. ¿Así nos agradeceréis el favor que os hacemos? ¿O será mejor que del cruce de vuestra hija con ese cruel berberisco salgan potros que os arrullen con sus relinchos?

BRABANCIO

¿Quién eres tú que tales insolencias ensartas? Eres un truhán.

YAGO

Y vos... un consejero.

BRABANCIO

Caro te ha de costar, Rodrigo.

RODRIGO

Como queráis. Sólo os preguntaré si consentisteis que vuestra hija, a hora desusada de la noche, y sin más compañía que la de un miserable gondolero, fuera a entregarse a ese moro soez. Si fue con noticia y consentimiento vuestro, confieso que os hemos ofendido, pero si fue sin saberlo vos, ahora nos reñís injustamente. ¿Cómo había de faltáros al respeto yo, que al fin soy noble y caballero? Insisto en que vuestra hija os ha hecho muy torpe engaño, a no ser la hayáis dado licencia para juntar su hermosura, su linaje y sus tesoros con los de ese infame aventurero, cuyo origen se ignora. Vedlo: averiguadlo, y si por casualidad la encontráis en su cuarto o en otra parte de la casa, podéis castigarme como calumniador, conforme lo mandan las leyes.

BRABANCIO

¡Dadme una luz! Despierten mis criados. Sueño parece lo que me pasa. El recelo basta para matarme. ¡Luz, luz!

(Brabancio se quita de la ventana)

YAGO

Me voy. No me conviene ser testigo contra el moro. A pesar de este escándalo, no puede la República destituirle sin grave peligro de que la isla de Chipre se pierda. Nadie más que él puede salvarla, ni a peso de oro se encontraría otro hombre igual. Por eso, aunque le odio más que al mismo Lucifer, debo fingirme sumiso y cariñoso con él y aparentar lo que no siento. Los que vayan en persecución suya, le alcanzarán de seguro en el Sagitario. Yo estaré con él. Adiós.

(Se va)

(Salen Brabancio y sus servidores con antorchas)

BRABANCIO

Cierta es mi desgracia. Ha huido mi hija. Lo que me resta de vida será una cadena de desdichas. Respóndeme, Rodrigo. ¿Dónde viste a mi niña? ¿La viste con el moro? Respóndeme. ¡Ay de mí! ¿La conociste bien? ¿Quién es el burlador? ¿Te habló algo? ¡Luces, luces! ¡Levántense todos mis parientes y familiares! ¿Estarán ya casados? ¿Qué piensas tú?

RODRIGO

¿Y cómo habrá podido escaparse? ¡Qué traición más negra! ¿Qué padre podrá desde hoy en adelante tener confianza en sus hijas, aunque parezcan honestas? Sóbranse al demonio encantos y brujerías con que triunfar de su recato. Rodrigo, ¿no has visto en libros algo de esto?

RODRIGO

Algo he leído.

BRABANCIO

Despertad a mi hermano. ¡Ojalá que la hubiera yo casado con vos! Corred en persecución suya, unos por un lado, otros por otro. ¿Dónde podríamos encontrarla a ella y al moro?

RODRIGO

Yo los encontraré fácilmente, si me dais gente de bríos que me acompañe.

BRABANCIO

Id delante. Llamaremos a todas las puertas, y si alguien se resiste, autoridad tengo para hacer abrir. Armas, y llamad a la ronda. Sígueme, Rodrigo: yo premiaré tu buen celo.

(Se van)

ESCENA II

Otra calle

OTELO, YAGO Y CRIADOS CON TEAS ENCENDIDAS

YAGO

En la guerra he matado sin escrúpulo a muchos, pero tengo por pecado grave el matar a nadie de caso pensado. Soy demasiado bueno, más de lo que convendría a mis intereses. Ocho o diez veces anduve a punto de traspasarle de una estocada.

OTELO

Prefiero que no lo hayas hecho.

YAGO

Pues yo lo siento, porque anduvo tan provocativo y tales insolencias dijo contra ti, que yo que soy tan poco sufrido, apenas pude irme a la mano. Pero dime, ¿os habéis casado ya? El senador Brabancio es hombre de mucha autoridad y tiene más partido que el mismo Dux. Pedirá el divorcio, invocará las leyes, y si no consigue su propósito, os inquietará de mil modos.

OTELO

Por mucho que él imagine, más han de poder los servicios que tengo hechos al Senado. Todavía no he dicho a nadie, pero lo diré ahora que la alabanza puede honrarme, que desciendo de reyes, y que merezco la dicha que he alcanzado.

A fe mía, Yago, que si no fuera por mi amor a Desdémona, no me hubiera yo sometido, siendo de tan soberbia condición, al servicio de la República, aunque me dieran todo el oro de la otra parte de los mares. Pero ¿qué antorchas veo allí?

YAGO

Son el padre y los parientes de Desdémona, que vienen furiosos contra ti. Retírate.

OTELO

No, aquí me encontrarán, para que mi valor, mi nobleza y mi alma den testimonio de quién soy. ¿Llegan?

YAGO

Me parece que no, por vida mía.

(Salen Casio y soldados con antorchas) Oteló

Es mi teniente con algunos criados del Dux. Buenas noches, amigos míos. ¿Qué novedades traéis?

CASIO

General, el Dux me envía a que os salude, y desea veros en seguida.

OTELÓ

Pues ¿qué sucede?

CASIO

Deben de ser noticias de Chipre. Es urgente el peligro. Esta noche han llegado uno tras otro, doce mensajeros de las galeras, y el Dux y muchos consejeros están secretamente reunidos, a pesar de ser tan avanzada la hora. Os llaman con mucha prisa; no os han encontrado en vuestra posada, y a mí me han enviado más de una vez en busca vuestra.

OTELÓ

Y gracias a Dios que me encontrasteis. Voy a dar un recado en mi casa, y vuelvo inmediatamente.

(Se va)

CASIO

¿Cómo aquí, alférez Yago?

YAGO

Calculo que esta noche he alcanzado buena presa.

CASIO

No lo entiendo.

YAGO

El moro se ha casado.

CASIO

¿Y con quién?

(Sale Oteló)

YAGO

Con... ¿En marcha, capitán?

OTELÓ

Andando.

CASIO

Mucha gente viene buscándoos.

YAGO

Son los de Brabancio. Cuidado, general, que no traen buenas intenciones.

(Salen Brabancio, Rodrigo y alguaciles con armas y teas encendidas)

OTELO

Deteneos.

RODRIGO

Aquí está Otelos, señor.

BRABANCIO

¡Ladrón de mi honra! ¡Matadle! (Trábase la pelea)

YAGO

Ea, caballero Rodrigo: aquí, a pie firme, os espero.

OTELO

Envainad esos aceros vírgenes, porque el rocío de la noche podría violarlos. Venerable anciano, vuestros años me vencen más que vuestra espada.

BRABANCIO

¡Infame ladrón! ¿Dónde tienes a mi hija? ¿Con qué hechizos le has perturbado el juicio? Porque si no la hubieras hechizado con artes diabólicas, ¿cómo sería posible que una niña tan hermosa y tan querida y tan sosegada, que ha despreciado los más ventajosos casamientos de la ciudad, hubiera abandonado la casa de su padre, atropellando mis canas y su honra, y siendo ludibrio universal, para ir a entregarse a un asqueroso monstruo como tú, afrenta del linaje humano, y cuya vista no produce deleite sino horror? ¿Que digan cuantos tengan recto juicio si aquí no han intervenido malas artes y engaño del demonio, por virtud de brebajes o de drogas que trastornan el seso, y encadenan el libre

OTELO

Deteneos, amigos y adversarios. Yo sé cuál es mi obligación cuando se trata de pelear. Ahora debo responder en juicio. Dime en dónde.

BRABANCIO

Por de pronto irás a un calabozo, hasta que la ley te llame a comparecer ante el tribunal. Otelos ¿Y crees que el Dux te lo agradecerá? Mira: todos estos han venido de su parte, llamándome a comparecer ante él para un gran negocio de Estado.

BRABANCIO

¿Llamarte el Dux a consejo? ¿Y a media noche? ¿Para qué? Prendedle: que el Dux y el Consejo han de sentir esta afrenta mía como propia suya. Porque si tales crímenes hubieran de quedar impunes, valdría más que rigieran la República viles siervos o paganos.

ESCENA III

Sala del Consejo

EL DUX Y LOS SENADORES SENTADOS A UNA MESA Dux
Estas noticias entre sí no tienen relación.

SENADOR 1.º

En verdad que no concuerdan, porque según las cartas que yo he recibido, las galeras son 107.

DUX

Pues aquí dice que 137.

SENADOR 2.º

Y esta que yo tengo asegura que llegan a 200. Pero aunque en el número no convengan (y en tales ocasiones bien fácil es equivocarse), lo cierto y averiguado es que una armada turca navega hacia Chipre.

DUX

Esto es lo principal y lo indudable, y esta es bastante causa para nuestros temores.

UN MARINERO

(Dentro). ¡Ah del Senado!

OFICIAL 1.º

(Sale el marinero)

DUX

¿Qué sucede?

MARINERO

El capitán me envía a decirnos que los turcos navegan hacia Rodas.

DUX

¿Qué pensáis de esta novedad?

SENADOR 1.º

No la creo: es algún ardid para engañarnos. No sólo Chipre es para el turco conquista más importante que la de Rodas, sino más fácil, por estar enteramente desguarnecida, y ser menos fuerte por naturaleza. Y no hemos de creer tan necio al turco, que deje lo cierto por lo dudoso, empeñándose en una empresa estéril y de dudoso resultado.

Dux

Para mí es seguro que no piensa en atacar a Rodas.

OFICIAL

Ahora llegan otras noticias. (Entra el marinero 2º)

MARINERO

Ilustrísimo Senado, el turco se ha reforzado en Rodas con buen número de naves.

SENADOR 1.º

Lo sospeché. ¿Sabes cuántas?

MARINERO

Treinta. Y ahora navega de retorno hacia Chipre, con propósito manifiesto de atacarla. Esto me manda a deciros con todo respeto vuestro fiel servidor Montano.

DUX

No hay duda que atacarán a Chipre. ¿Está allí Marcos Luchesi?

SENADOR 1.º

Está en Florencia.

DUX

Escribidle de mi parte que vuelva en seguida.

Aquí llegan Brabancio y el moro.

(Salen Brabancio, Otelo, Yago, Rodrigo, Alguaciles, etc.)

DUX

Esforzado Otelo, necesario es que sin dilación salgáis a combatir al turco. (A Brabancio). Señor, bien venido seáis; no os vi al entrar. ¡Lástima que esta noche nos haya faltado vuestra ayuda y consejo!

BRABANCIO

Más me ha faltado a mi el vuestro. Perdón, señor. No me he levantado tan a deshora por tener yo noticia de este peligro, ni ahora me conmueven las calamidades públicas, porque mi dolor particular, como despeñado torrente, lleva delante de sí y devora cuantos pesares se le atraviesan en el camino.

DUX

¿Qué ha acontecido?

BRABANCIO

¡Ay hija mía, desdichada hija mía!

DUX Y SENADORES

¿Ha muerto?

BRABANCIO

Peor aún. Para mí como si hubiese muerto. La han sacado de mi casa, la han trastornado el seso con bebedizos de charlatanes, porque sin arte diabólica ¿cómo ella, que no está loca ni ciega, había de caer en tal desvarío?

DUX

Sea quien fuere el autor de vuestra afrenta, el que ha privado de la razón a vuestra hija y la ha arrancado de vuestra casa, vos mismo aplicaréis con inflexible rigor la sangrienta ley, aunque recaiga en mi propio hijo.

BRABANCIO

Gracias señor. Quien la robó es el moro.

DUX Y SENADORES

¡Lástima grande!

DUX

¿Qué contestáis, Oteló? ¿Qué podéis decir en propia defensa?

BRABANCIO

¿Qué ha de decir, sino confesar la verdad?

Generoso e ilustre Senado, dueños y señores míos, confieso que he robado a la hija de este anciano, y que me he casado con ella, pero ese es todo mi delito. Mi lenguaje es tosco: la vida del campo no me ha dejado aprender palabras suaves, porque desde que apenas contaba yo seis años y mis brazos iban cobrando vigor, los he empleado en las lides, y por eso sé menos del mundo que de las armas. Mala será, pues, mi defensa, y poco ha de aprovecharme; con todo eso, si me otorgáis venia, os contaré breve y sencillamente cómo llegué al término de mi amor, y con qué filtros y hechicerías logré vencer a la hija de Brabancio.

BRABANCIO

¡Una niña tan tierna e inocente que de todo se ruborizaba! ¿Cómo había de enamorarse de un monstruo feísimo como tú, que ni eres de su edad, ni de su índole ni de su tierra? Es aberración contra naturaleza suponer tal desvarío en una niña que es la misma perfección. No: sólo con ayuda de Satanás puedes haber triunfado. Por eso vuelvo a sostener que has alterado su sangre con yerbas o con veneno.

DUX

No basta que lo creáis ni que los sospechéis. Es necesario probarlo, y las conjeturas no son pruebas.

SENADOR 1.º

Dime, Otelo, ¿es cierto que la has seducido con algún engaño, o es que mutuamente os amabais?

OTELO

Mandad a buscar a mi esposa, que está en el Sagitario. Ella sabrá defenderse y contestarle a su padre. Y si después de oírla me condenáis, no sólo despojadme del mando que me habéis confiado, sino condenadme a dura muerte.

DUX

Que venga Desdémona.

OTELO

Acompáñalos, alférez mío. (A Yago). Tú sabes dónde está. Y mientras llega, yo, tan sinceramente como a Dios me confieso, os referiré de qué manera fue creciendo el amor de esa dama y el mío.

DUX

Hablad, Otelo.

OTELO

Era su padre muy amigo mío, y con frecuencia me convidaba, gustando de oírme contar mi vida año por año; mis viajes, desastres, peleas y aventuras. Todo se lo referí, cuanto me había sucedido desde mis primeros años: naufragios y asaltos de mar y tierra, en que a duras penas salvé la vida; cómo fui vendido por esclavo; cómo me rescaté, y cómo peregriné por desiertos, cavernas, precipicios, y rocas que parecen levantarse a las nubes; le hablé de los antropófagos caribes que se devoran los unos a los otros, y de aquellos pueblos que tienen la cabeza bajo los hombros. Desdémona escuchaba con avidez mi relación, levantándose a veces cuando la llamaban las faenas de la casa, pero volviendo a sentarse en cuanto volvía, y devorando con los oídos mis palabras. Yo lo advertí, y aprovechando una ocasión favorable, hice que un día estando a solas, me pidiese la entera relación de mi vida. La hice llorar, contándole las desgracias de mis primeros años, y con lágrimas y sollozos premió mi narración, que llamaba lastimosa y peregrina. Me dio mil gracias y acabó diciéndome que si algún día era yo amigo de algún amante suyo, le enseñase a contar aquella historia, porque era el modo más seguro de vencerla. Esto me dijo. Ella me amó por mis trabajos, victorias y desdichas. Yo la amé por su compasión, y no hubo más sortilegios. Aquí llega Desdémona que

(Salen Desdémona y Yago)

DUX

Y pienso que aun mi hija se hubiera movido a compasión con tal historia. Respetable Brabancio, consolaos y echadlo todo a buena parte. Más vale en la lid espada vieja que mano desarmada.

BRABANCIO

Oigámosla, señor, y si ella me confiesa que le tuvo algún cariño, ¡caiga sobre mi la maldición del cielo, si vuelvo a quejarme de ellos! Ven acá, niña: entre todos los que están aquí congregados ¿a quién debes obedecer más?

DESDÉMONA

Padre mío, dos obligaciones contrarias tengo: vos me habéis dado el ser y la crianza, y en agradecimiento a una y otra debo respetaros y obedeceros como hija. Pero aquí veo a mi esposo, y creo que debo preferirle, como mi madre os prefirió a su padre, y os obedeció más que a él. El moro es mi esposo y mi señor.

BRABANCIO

¡Dios sea en tu ayuda! Nada más puedo decir, señor; si queréis; tratemos ahora de los negocios de la República. ¡Cuánto más vale adoptar a un hijo extraño que tenerlos propios! Óyeme, Otelo: de buena voluntad te doy todo lo que te negara, si ya no lo tuvieras. Desdémona, ¡cuánto me alegro de no tener más hijos! Porque después de tu fuga, yo los hubiera encarcelado y tratado como tirano.

DUX

Poco voy a decir, y quiero que mis palabras sirvan como de escalera que hagan entrar en vuestra gracia a esos enamorados. ¿De qué sirven el llanto y las quejas cuando no hay esperanza? Sólo de acrecentar el dolor. Pero el alma que se resigna con serena firmeza, burla los embates de la suerte. Quien se ría del ladrón podrá robarle, y al contrario el que llora es ladrón de sí mismo.

BRABANCIO

No estemos ociosos, mientras que el turco nos arrebató a Chipre. No estemos sosegados y con la risa en los labios. Poco le importa la condenación ajena al que sale libre del tribunal., pero no así al mísero reo que sólo tiene el recurso de conformarse con la sentencia y el dolor. Siempre son oportunas vuestras sentencias, pero de sentencias no pasan, por más que digan que las dulces palabras curan el ánimo. Ha-

blemos ya de los asuntos de la República.

DUX

Poderosa escuadra otomana va a atacar a Chipre. Vos, Otelo, conocéis bien aquella isla, y aunque tenéis un teniente de toda nuestra confianza, la opinión, dueña del éxito, os cree más idóneo que a él. No os pese de interrumpir vuestra dicha de hoy con esta nueva y peligrosa expedición.

OTELO

Generoso Senado, la costumbre ha trocado para mí en lecho de muelle pluma el silíceo y férreo tálamo de la guerra. Mi corazón está dispuesto siempre al peligro. Ya ardo en deseos de encontrarme con el turco. Humildemente os pido que prestéis a mi esposa, durante mi ausencia, el acatamiento que a su rango se debe, con casa y criados dignos de ella.

DUX

Que viva en casa de su padre.

De ninguna suerte.

OTELO

No, en modo alguno.

DESDÉMONA

Ni yo tampoco quiero turbar la tranquilidad de mi padre, estando siempre delante de sus ojos. Oíd propicio, señor, lo que quiero deciros, y concededme una sencilla petición.

DUX

¿Cuál, Desdémona?

DESDÉMONA

Que no quiero separarme del moro ni un punto solo; para eso me rendí a él como el vasallo al monarca: no me enamoré de su rostro sino de su valor y de sus hazañas; por eso le rendí mi alma y mi vida. Si a va ahora a la guerra, y yo como polilla me quedo en la paz, ¿de qué me ha servido este enlace? ¿Qué fruto cogeré de él sino llorar en triste soledad su ausencia? Quiero acompañarle.

OTELO

Concédaselo el ilustre Senado, y a fe mía que no lo deseo por carnal apetito y brutal ardor (que ya se va apagando el de mi sangre africana), sino por corresponder a su generoso amor. Y no temáis que por ella olvide el alto empeño que me fiáis. No ¡vive Dios! Y si alguna vez

la torpe lujuria amortigua o entorpece mis sentidos, o roba vigor a mi brazo, consentiré que las viejas truequen mi yelmo en olla o marmita, y que caiga sobre mi nombre la niebla de oscuridad.

DUX

Conviene que resolváis pronto si ella le ha de acompañar o no.

SENADOR 1.º

Debéis salir esta misma noche.

OTELO

Iré gustoso.

EL DUX

Nos reuniremos a las nueve. Un oficial que para esto dejéis os enviará los despachos y las insignias de vuestra dignidad, Otelo.

OTELO

Si queréis, puede quedarse mi alférez, cuya probidad tengo experimentada. Él podrá acompañar a mi mujer, si consentís en ello.

SENADOR 1.º

Moro, amad mucho a Desdémona.

BRABANCIO

Moro, guárdala bien, porque engañó a su padre, y puede engañarte a ti.

(Vanse todos menos Otelo, Yago y Desdémona)

OTELO

¡Con mi vida respondo de su fidelidad! Yago, te confío a Desdémona: tu mujer puede acompañarla. Llévala pronto a Chipre. Ven, hermosa mía: sólo una hora nos queda para coloquios de amor. El tiempo urge, y es preciso conformarse al tiempo.

(Vanse Desdémona y Otelo)

RODRIGO

Yago.

YAGO

¿Qué dices, noble caballero?

RODRIGO

¿Y qué imaginas tú que haré?

YAGO

Acostarte y reposar.

RODRIGO

Voy a echarme de cabeza al agua.

YAGO

Si haces tal locura, no seremos amigos. ¡Vaya un mentecato!

RODRIGO

La locura es la vida cuando la vida es dolor, y la mejor medicina de un ánimo enfermo es la muerte.

YAGO

¡Qué desvarío! Conozco bien el mundo, y todavía no sé de un hombre que se ame de veras a sí mismo. Antes que ahogarme por una mujer, me convertiría en mono.

RODRIGO

¿Pues no has de remediarlo? La voluntad es el hortelano de la vida, y puede criar en ella ortigas y cardos, o hisopos y tomillo; una sola yerba o muchas; enriquecer la tierra o empobrecerla; tenerla de barbecho o abonarla. Para eso es la prudencia, el seso y el libre albedrío. Si en la balanza de la humana naturaleza, el platillo de la razón no contrapesara al de los sentidos, nos llevaría el apetito a cometer mil aberraciones. Pero por dicha tenemos la luz de la mente que doma esa sensualidad, de la cual me parece que no es más que una rama lo que llamáis amor.

RODRIGO

No lo creo.

YAGO

Hervor de sangre, y flaqueza de voluntad. Muéstrate hombre. No te ahogues en poca agua. Siempre he sido amigo tuyo, y estoy ligado a ti por invencible afecto. Ahora puedo servirte como nunca. Toma dinero: síguenos a la guerra, disfrazado y con barba postiza. Toma dinero. ¿Piensas tú que a Desdémona le ha de durar mucho su amor por el moro? Toma dinero. ¿Qué ha de durar? ¿No ves que el fin ha de ser tan violento como el principio? Toma dinero. Los moros son versátiles e inconstantes. Dinero, mucho dinero. Pronto le amargaré el dulzor de ahora. Ella es joven y ha de cansarse de él, y caer en infidelidad y mudanza. Toma dinero. Y si te empeñas en irte al infierno, vete de un modo algo más dulce que ahogándote. Recoge todo el dinero que puedas. Tú la lograrás, si es que mis artes y el poder del infierno no bastan a triunfar de la bendición de un clérigo, y de un juramento de amor prestado a un salvaje vagabundo por una discretísima veneciana. Toma dinero, mucho dinero. No te ahogues, ni te vuelvas loco. Más

vale que te ahorquen después que la hayas poseído, que no ahogarte antes.

RODRIGO

¿Me prometes ayudarme, si me arrojó a tal empresa?

YAGO

No lo dudes. Pero toma dinero. Te repetiré lo que mil veces te he dicho. Aborrezco de muerte al moro: yo sé por qué, y la razón es poderosa. Tú no le aborreces menos. Conjurémonos los dos para vengarnos. Tú tendrás el deleite, yo la risa. Muchas cosas andan envueltas en el seno del porvenir. Vete, y toma dinero y disfrazate. Mañana volveremos a hablar. Pásalo bien.

RODRIGO

¿Dónde nos veremos?

YAGO

En mi posada.

RODRIGO

Iré temprano.

YAGO

Así sea ¿Rodrigo?

RODRIGO

Yago

No te ahogues. ¿Eh?

RODRIGO

Ya no pienso en eso: voy a convertir en dinero todo lo que poseo.

YAGO

Hazlo así, y mucho dinero, mucho dinero en el bolsillo. (Se va Rodrigo.) Este necio será mi tesorero. Bien poco me había de servir mi experiencia del mundo si yo fuera a perder más tiempo con él. Pero aborrezco al moro, porque se susurra que enamoró a mi mujer. No sé si es verdad, pero tengo sospechas, y me bastan como si fueran verdad averiguada. Él me estima mucho: así podré engañarle mejor. Casio es apuesto mancebo. ¡Qué bien me valdría su empleo! Así mataría dos pájaros a la vez. ¿Qué haré? Yo he de pensarlo despacio. Dejaré correr algún tiempo, y luego me insinuaré en el ánimo de Otelo, haciéndole entender que es muy sospechosa la amistad de Casio con su mujer. Las apariencias tuyas, son propias para seducir a las hembras. Por otra parte, el moro es hombre sencillo y crédulo: a todos cree buenos, y se

dejará llevar del ronzal como un asno. ¡Ya he encontrado el medio! ¡Ya voy engendrando mi plan! ¡El infierno le dará luz para salir!

ACTO II
ESCENA PRIMERA

Un puerto en Chipre

SALEN MONTANO Y DOS CABALLEROS

MONTANO

¿Qué se descubre en alta mar?

CABALLERO 1.º

Nada distingo, porque la tormenta crece, y confundidos mar y cielo no dejan ver ni una sola nave.

MONTANO

Paréceme que el viento anda muy desatado en tierra: nunca he visto en nuestra isla temporal tan horrendo. Si es lo mismo en alta mar, ¿qué quilla, por fuerte que sea, habrá podido resistir al empuje de esos montes de olas? ¿Qué resultará de aquí?

CABALLERO 2.º

Sin duda el naufragio de la armada de los turcos. Pero acerquémonos a la orilla, y ved cómo las espumosas olas quieren asaltar las nubes, y cómo arrojan su rugidora, ingente y líquida cabellera sobre la ardiente Osa, como queriendo apagar el brillo de las estrellas del polo inmóvil. Nunca he visto tal tormenta en el mar.

MONTANO

Es seguro que la armada turca ha perecido, a menos que se haya refugiado en algún puerto o ensenada. Imposible parece que resista a tan brava tempestad.

(Sale otro caballero) Albricias, amigos míos. Acabó la guerra. La tormenta ha dispersado las naves turcas. Una de Venecia, que ahora llega, ha visto naufragar la mayor parte de los barcos, y a los restantes con graves averías.

MONTANO

¿Dices verdad?

CABALLERO 3.º

Ahora acaba de entrar en el puerto la nave, que es Veronesa. De ella ha desembarcado Miguel Casio, teniente de Otelo, el esforzado moro, quien arribará de un momento a otro, y trae toda potestad del gobier-

no de Venecia.

MONTANO

Mucho me complace la elección de tan buen gobernador.

CABALLERO 3.º

Pero Casio, aunque se alegra del descalabro de los turcos, está inquieto y hace mil votos por que llegue salvo el moro, a quien una tempestad separó de él.

MONTANO

Ojalá se salve. Yo he peleado cerca de él, y es bravo capitán. Vamos a la playa, a ver si Otelo llega, o se descubre en el mar su nave, aunque sea en el límite donde el azul del cielo se confunde con el del mar.

CABALLERO 3.º

No nos detengamos: puede estar ahí dentro de un instante.

(Sale Casio)

CASIO

Valerosos isleños, gracias por el amor que mostráis al moro. Ayúdele el cielo contra la furia de los elementos, que me separaron de él en lo más recio de la borrasca.

MONTANO

¿Es fuerte su navío?

CASIO

Y bien carenado, y lleva un piloto de larga ciencia y experiencia. Por eso no pierdo aún toda esperanza.

(Suenan dentro voces «vela, velas.») (Sale otro caballero)

CASIO

¿Qué ruido es ese?

CASIO

El alma me está diciendo que es la de Otelo.

(Se oye el disparo de un cañón) Caballero 2.º

¿Oís el cañón? Es gente amiga.

CASIO

Preguntad quién ha llegado.

CABALLERO 2.º

No tardaré. (Vase)

MONTANO

Decid, señor Casio: ¿el gobernador es casado?

CASIO

E hizo una gran boda, porque su dama es de tal perfección y hermosura que ni pluma ni lengua humana pueden describirla, y vence todos los primores del arte la realidad de sus encantos. (Sale el caballero 2.º). ¿Quién ha llegado?

CABALLERO 2.º

Yago, el alférez del gobernador.

CASIO

Rápido y feliz ha sido su viaje. Huracanes, mares alborotados, vientos sonoros, bancos de arena y falaces rocas, escollo del confiado navegante, han amansado un instante su natural dureza, cual si tuvieran entendimiento de hermosura, para dejar paso libre y seguro a Desdémona.

MONTANO

¿Y quién es Desdémona?

CASIO

Aquella de quien te hablé, la mujer de nuestro gobernador, que dejó a cargo de Yago el conducirla aquí. Por cierto que se ha adelantado cerca de siete días a nuestras esperanzas. ¡Dios soberano, protege a Oteló, manda a sus velas viento favorable, para que su nave toque pronto la bendecida orilla, y él torne amante a los brazos de su hermosa Desdémona, inflame el valor de nuestros pechos y asegure la tranquilidad de Chipre! (Salen Desdémona, Emilia, Yago, Rodrigo y acompañamiento). ¡Vedla! Ahí está. La nave ha echado a tierra su tesoro. ¡Ciudadanos de Chipre, doblad la rodilla ante ella! Bienvenida seáis señora. La celeste sonrisa os acompañe y guíe por doquiera.

CASIO

Todavía no ha llegado, pero puedo deciros que está bueno y que no tardará.

DESDÉMONA

Mi temor es que... ¿Por qué no vinisteis juntos? Casio Nos separamos en la tremenda porfía del cielo y del mar. (Voces de «una vela, una vela». Cañonazos). ¿Oís? Una vela se divisa.

CABALLERO 2.º

Han hecho el saludo a la playa. Gente amiga son.

CASIO

Veamos qué novedades hay. Salud, alférez, y vos, señora (a Emilia). (La besa). No os enojéis, señor Yago, por esta libertad, que no es más

que cortesía.

YAGO

Bien os portaríais si con los labios os deleitase tanto como a mí con la lengua.

DESDÉMONA

¡Pero si nunca habla!

YAGO

A veces más de lo justo, sobre todo cuando tengo sueño. Sin duda, delante de vos se reporta, y riñe sólo con el pensamiento.

EMILIA

¿Y puedes quejarte de mí?

YAGO

Eres tan buena como las demás mujeres. Sonajas en el estrado, gatas en la cocina, santas cuando os ofendéis, demonios cuando estáis agraviadas, perezosas en todo menos en la cama.

EMILIA

¡Deslenguado!

YAGO

Verdades digo. Y todavía la cama os parece estrecha.

EMILIA YAGO

Más vale no hacerle.

DESDÉMONA

Y si tuvieras que hacer el mío, ¿qué dirías?

YAGO

No me desafiéis, señora, porque no acierto a decir nada sin punta de sátira.

DESDÉMONA

Hagamos la prueba. ¿Fue alguien al puerto?

YAGO

Sí, señora.

DESDÉMONA

Mi aparente alegría oculta honda tristeza. ¿Qué dirías de mí, si tuvieras que alabarme? Yago Por más vueltas que doy al magín, con nada atino. Parece que mi ingenio se me escapa como liga de frisa. He aquí por fin el parto de mi musa. «Si es blanca y rubia, su hermosura engendrará placer de que ella sabiamente participe».

DESDÉMONA

No dices mal. ¿Y si es morena y discreta?

YAGO

Si es discreta y morena, puede estar segura de hechizar a algún blanco.

DESDÉMONA

¡Mal, mal!

EMILIA

¿Y si es necia y hermosa?

YAGO

Nunca la hermosa fue necia, porque no hay ninguna tan necia que no llegue a casarse.

DESDÉMONA

Chistes de mal gusto, frías agudezas de taberna. ¿Qué elogio podrás hacer de la que es necia y fea?

YAGO

¡Oh ignorante! El mayor elogio para quien menos lo merece. ¿Y qué podrás decir de la mujer virtuosa? en quien no pueden clavar el diente la malicia misma.

YAGO

«La hermosa, que jamás cae en pecado de vanidad, la que no habla palabras ociosas, la que, siendo rica, no hace ostentación de lujosas galas, la que nunca pasa de la ocasión al deseo, la que no se venga del agravio, aunque la venganza sea fácil, la que nunca equivoca la cabeza del salmón con la cola, la que hace todas las cosas con maduro seso y no por ciego capricho, la que no mira atrás aunque la sigan, tal mujer como esta, si pudiera hallarse, sería muy apetecible.»

DESDÉMONA

¿Y para qué la querrías?

YAGO

Para criar necios y hacer su labor.

DESDÉMONA

Fría y mal entendida conclusión. No hagas caso de él, Emilia, aunque sea tu marido, y tú, Casio, ¿qué dices? ¿No te parece deslenguado e insolente?

CASIO

Peca de franco, señora mía, y es mejor soldado que hombre de corte.

(Hablan entre si Casio y Desdémona)

YAGO (Aparte).

Ahora le coge de la mano: hablad, hablad quedo, aunque la red es harto pequeña para coger tan gran pez como Casio. Mírale de hito en hito: sonríete. Yo te cogeré en tus propias redes. Bien, bien: así está bien. Si de esta manera pierdes tu oficio de teniente, más te valiera no haber besado nunca esa mano. ¡Bien, admirable beso! No te llesves los dedos a la boca. (Óyese una trompeta). El moro llega.

CASIO

Él es.

DESDÉMONA

Vamos a recibirle.

CASIO

Viene por allí.

(Sale Otelo)

¡Mi hermosa guerrera!

DESDÉMONA

¡Otelo!

OTELO

Tan grande es mi alegría como mi admiración de verte aquí antes de lo que esperaba. Si la tempestad ha de producir luego esta calma, soplen en hora buena los vendavales, levántense las olas y alcen las naves hasta tocar las estrellas, o las sepulten luego en los abismos del infierno. ¡Qué grande sería mi dicha en morir ahora! Tan rico estoy de felicidad, que dudo que mi suerte me reserve un día tan feliz como éste!

DESDÉMONA

¡Quiera Dios que crezcan nuestro amor y nuestra felicidad, al paso de los años!

OTELO

¡Quiéralo Dios! Apenas puedo resistir lo intenso de mi alegría: fáltanme palabras y el contento se desborda. ¡Oh, la menor armonía que suene entre nosotros sea la de este beso!

(La besa)

YAGO (Aparte).

Todavía estáis en buen punto, pero yo trastornaré muy pronto las llaves de esa armonía.

OTELO

Vamos, amigos. Se acabó la guerra: los turcos van de vencida. ¿Qué tal, mis antiguos compañeros? Bien recibida serás en Chipre, amada mía. Grande honra me hizo el Senado en enviarme aquí. No sé lo que me digo, bien mío, porque estoy loco de placer. Vete a la playa, amigo Yago, haz que saquen mis equipajes, y conduce al castillo al piloto de la nave, que es hombre de valor y de experiencia, y merece ser recompensado. Ven, Desdémona.

(Vanse)

YAGO

(A Rodrigo). Espérame en el puerto. Pero oye antes una cosa, si es que eres valiente (y dicen que el amor hace valientes hasta a los cobardes). Esta noche el teniente estará de guardia en el patio del castillo. Has de saber que Desdémona está ciegamente enamorada de él.

RODRIGO

¿Pero cómo?

YAGO

Déjate guiar por mí. Tú recuerda con qué ardor se enamoró del moro, sólo por haber oído sus bravatas. ¿Pero crees tú que eso puede durar? Si tienes entendimiento ¿cómo has de creerlo? Sus ojos desean contemplar algo agradable, y ver a Otelo es como ver al demonio. Además la sangre, después del placer, se enfría y necesita alimento nuevo: alguna armonía de líneas y proporciones, alguna semejanza de edad o de costumbres. Nada de esto tiene el moro, y por eso Desdémona se encontrará burlada; empezará por fastidiarse y acabará por aborrecerle, y entonces la naturaleza, que es la mejor maestra, le guiará a nueva elección. Y dando por supuestas todas estas cosas llanas y naturales, ¿quién está en más favorable coyuntura que Casio? Él es listo y discreto; conciencia ninguna; todo en él es hipocresía y simulada apariencia y falsa cortesía, para lograr sus torpes antojos. Es un pícaro desalmado; no dejará perder ninguna ocasión oportuna, y hasta sabe fingir favores que no existen. Luego, es mozo apuesto y posee cuantas cualidades pueden llevar detrás de sí los ojos de una mujer. Yo veo que ya piensa en ella.

RODRIGO

Pues yo de ella no sospecho nada: me parece la virtud misma.

YAGO

¡Buena virtud la de tus narices! Si poseyera esa virtud, ¿se hubiera casado con el moro? ¡No está mala la virtud! ¡No has reparado con qué cariño le estrechaba la mano?

RODRIGO

Sería cortesía.

YAGO

Sería lujuria: una especie de prólogo de sus livianos apetitos. Y luego se besaron hasta confundirse los alientos. No dudes que se aman, Rodrigo. Cuando se empieza con estas confianzas, el término está muy cercano. Calla y déjate guiar; no olvides que yo te hice salir de Venecia. Tú harás guardia esta noche, donde yo te indique. Casio no te ha visto nunca. Yo me alejaré poco. Procura tú mover a indignación a Casio con cualquier pretexto, desobedeciendo sus órdenes, verbi gratia.

RODRIGO

Así lo haré.

YAGO

Tiene mal genio, y fácilmente se incomodará y te pondrá la mano en el rostro; con tal ocasión le desafías, y esto me basta para que se arme un tumulto entre los isleños, que llevan muy mal el gobierno de Casio. No pararemos hasta quitarle su empleo. Así allanas el camino que puede conducirte a tu felicidad. Yo te ayudaré de mil modos, pero antes hay que derribar el obstáculo mayor, y sin esto no podemos hacer nada.

RODRIGO

Haré todo lo que las circunstancias exijan.

YAGO

Ten confianza en lo que te digo. Esperaré en el castillo, a donde tengo que llevar los cofres del moro. Adiós.

RODRIGO

Adiós. (Se va)

YAGO

Para mí es seguro que Casio está enamorado de ella, y parece natural que ella le ame. A pesar del odio que le tengo, no dejo de conocer que es el moro hombre bueno, firme y tenaz en sus afectos, y a la vez de apacible y serena condición, y creo que será buen marido para Desdémona. Yo también la quiero, y no con torpe intención (aunque quizá

sea mayor mi pecado). La quiero por instinto de venganza, porque tengo sospechas de que el antojadizo mozo merodeó en otro tiempo por mi jardín. Y de tal manera me conmueve y devora esta sospecha, que no quedaré contento hasta verme vengado. Mujer por mujer: y si esto no consigo, trastornar el seso del moro con celos matadores. Para eso, si no me sirve este gozquecillo veneciano que estoy criando para que siga la pista, me servirá Miguel

CASIO.

Yo le acusaré ante el moro de amante de su mujer. (Y mucho me temo que ni aun la mía está segura con Casio). Con esto lograré que Otelo me tenga por buen amigo suyo y me agradezca y premie con liberal mano, por haberle hecho hacer papel de bestia, enloqueciéndole y privándole de sosiego. Todavía mi pensamiento vive confuso y entre sombras: que los pensamientos ruines sólo en la ejecución se descubren del todo.

ESCENA II

Calle

UN PREGONERO, SEGUIDO DE PUEBLO

PREGONERO

Manda nuestro general y gobernador Otelo que, sabida la destrucción completa de la armada turca, todos la celebren y se regocijen, bailando y encendiendo hogueras, o con otra cualquier muestra de alegría que bien les pareciere. Además hoy celebra sus bodas. Este es el bando que me manda pregonar. Estará abierto el castillo, y puede durar libremente la fiesta desde las cinco que ahora son, hasta que suene la campana de las doce. Dios guarde a Chipre y a Otelo.

ESCENA III

Sala del Castillo

SALEN OTELO, DESDÉMONA, CASIO Y
ACOMPANAMIENTO

OTELO

Miguel, amigo mío, quédate esta noche a guardar el castillo. No olvidemos aquel prudente precepto de la moderación en la alegría.

CASIO

Ya he dado mis órdenes a Yago. Con todo eso, tendré la vigilancia necesaria.

OTELO

Yago es hombre de bien. Buenas noches, Casio. Mañana temprano te hablaré. Ven, amor mío (a Desdémona): después de comprar un objeto entra el disfrutar de él. Todavía no hemos llegado a la posesión, esposa mía. Buenas noches.

(Vanse todos menos Casio y Yago)

CASIO

Buenas noches, Yago. Es preciso hacer la guardia.

YAGO

Aún tenemos una hora: no han dado las diez. El general nos ha despedido tan pronto, por quedarse solo con

Desdémona. Y no me extraña: aún no la ha disfrutado, y por cierto que es digna del mismo Jove.

CASIO

Yago

Y tiene trazas de ser alegre y saltadora como un cabrito.

CASIO

Me parece lozana y hermosa.

YAGO

Tiene ojos muy provocativos. Parece que tocan a rebato.

CASIO

Y a pesar de eso, su mirada es honesta.

YAGO

¿Has oído su voz tan halagüeña que convida a amar?

CASIO

Ciertamente que es perfectísima.

YAGO

¡Benditas sean sus bodas! Ven, teniente mío: vaciemos un tonel de vino de Chipre a la salud de Oteló. Allá fuera tengo dos amigos que no dejarán de acompañarnos.

CASIO

Mala noche para eso, Yago. Mi cabeza no resiste el vino. ¿Por qué no se habrá inventado otra manera de pasar el rato?

YAGO

Es broma entre amigos. Nada más que una copa. Lo demás lo beberé yo por vos, si os empeñáis en decir que no. Casio Esta noche no he bebido más que un vaso de vino y ese aguado, y así y todo ya siento los efectos. Mi debilidad es tan grande, que no me atrevo a acrecentar el daño.

YAGO

Cállate. Es noche de alegría. Darás gusto a los amigos.

CASIO

¿Dónde están?

YAGO

Ahí fuera. Les diré que entren, si queréis.

Díselo, pero a fe que no lo hago de buen grado. (Se va)

YAGO

Con otra copa más que yo le haga beber, sobre la de esta tarde, se alborotará más que un gozquecillo ladrador. Ese Rodrigo, que es un necio, loco de amor, ha bebido esta noche largo y tendido a la salud de Desdémona. Él hace la guardia y con él tres mancebos de Chipre, nobles, pundonorosos y valientes, a quienes ya he exaltado los cascos con largas libaciones. Veremos si Casio, mezclado con esta tropa de borrachos, hace alguna locura, que le acarree enemistades en la isla. Aquí viene. Si esto me sale bien, adelantarán mucho mis proyectos.

(Sale Casio con Montano y criados con ánforas de vino)

CASIO

Por Dios vivo... ya siento el efecto.

MONTANO

Pues si no ha sido nada: apenas una botella.

YAGO

¡Ea! ¡Traed vino! (Canta). ¡Sacudid, sacudid las copas; el soldado es mortal, y debe beber sin término! ¡Más vino, amigos!

CASIO

¡Linda canción, a fe mía!

YAGO

En Inglaterra la oí: tierra de grandes bebedores. Nada valen en cotejo con ellos daneses, alemanes y flemáticos holandeses.

CASIO

¿Bebe más el inglés?

YAGO

Fácil le es poner debajo de la mesa al danés, y con poca fatiga al alemán, y antes de apurar la última botella, al holandés. Casio Brindo por el general. Yago ¡Oh, dulce Inglaterra! (Canta). «Hubo un rey, noble y caballero, que se llamaba Esteban: las calzas le costaban un doblón, y se enojaba de gastar tanto dinero, y llamaba al sastre ladrón. Si esto hacía el que era tan gran monarca, ¿qué has de hacer tú, pobre pechero? ¡A cuántos perdió el subirse a mayores!» ¡Más vino!

CASIO

Más me gusta esta canción que la primera.

YAGO

¿Queréis que la repita?

CASIO

No, porque quien tales cosas canta merece perder su empleo. En fin, Dios es poderoso, y unos se salvarán y otros se condenarán.

YAGO

Bien dicho, teniente Casio.

CASIO

Sin agravio del gobernador, ni de ningún otro personaje, yo creo que me salvaré.

YAGO

Y yo también lo creo, mi teniente.

CASIO

Pero permitidme que os diga que primero me he de salvar yo, porque el teniente debe ir antes que el alférez. Basta.

Cada cual a su negocio... No creáis que estoy borracho, amigos míos. Ved: aquí está mi alférez; esta es mi mano derecha, esta mi mano izquierda; os aseguro que no estoy borracho. ¿No veis que hablo

con sustancia y concierto?

TODOS

Habláis en todo seso.

CASIO

¡Ya lo creo! En entera razón. No vayáis a creer que estoy borracho.

(Se va)

MONTANO

Vamos a la explanada a hacer la guardia.

YAGO

¿Habéis visto a ese mancebo que acaba de irse? Digno es de mandar al lado del mismo César. ¡Lástima que tenga ese vicio, equinoccio de su virtud, porque la iguala! ¡Cuánto lo siento! ¡Pobre isla de Chipre si cuando se la confiara Otelo, acertase Casio a padecer este accidente!

MONTANO

¿Suele embriagarse?

Todas las noches antes de acostarse. Tardaría más de 24 horas en dormirse, si con la bebida no arrullara el sueño.

MONTANO

Bien haríamos en avisar al gobernador con tiempo. Puede que no haya reparado en ello. Tal es la estimación que profesa a Casio, cuyas buenas cualidades compensan sus defectos. ¿No es verdad?

(Sale Rodrigo)

YAGO

¿Qué hay de nuevo? Vete detrás de Casio: no te detengas.

(Se va Rodrigo)

MONTANO

¡Lástima que el moro otorgue tanta amistad y confianza a un hombre dominado por tan feo vicio! Convendrá hablar a Otelo.

YAGO

No he de ser yo quien le hable, porque quiero muy de veras a Casio, y me alegraría de curarle. ¿Oyes el ruido?

(Sale Casio persiguiendo a Rodrigo).

CASIO

¡Infame, perverso!

MONTANO

¿Qué sucede, mi teniente?

CASIO

¿Tú enseñarme a mí? Mil palos le he de dar, a fe de quien soy.

RODRIGO

¡Tú apalearme!

CASIO

¿Y todavía te atreves a replicar?

MONTANO

Manos quedas, señor teniente.

CASIO

Déjame, o te señalo en la cara.

Estáis beodos.

CASIO

¿Beodo yo?

YAGO

(A Rodrigo). Echa a correr gritando: «favor, alarma». (Se va Rodrigo). Paz, señores. ¡Favor, favor! ¡Orden! ¡Buena guardia está la nuestra. (Óyese el tañido de una campana). ¿Quién tocará la campana? ¡Qué alboroto! ¡Válgame el cielo! Deteneos, señor teniente. Camináis ciego a vuestra ruina.

(Sala Oteló con sus criados)

OTELÓ

¿Qué ha sucedido?

MONTANO

Yo me voy en sangre. Me han herido de muerte.

OTELÓ

¡Deteneos!

YAGO

¡Deteneos, teniente Casio! ¡Montano, amigos míos! ¿Tan olvidados estáis de vuestras obligaciones? ¿No veis que el general os está dando sus órdenes?

OTELÓ

¿Qué pendencia es esta? ¿Estamos entre turcos, o nos destrozamos a nosotros mismos, ya que el cielo no permitió que ellos lo hiciesen? Si sois cristianos, contened vuestras iras, o caro le ha de costar al primero que levante el arma o dé un paso más. Haced callar esta campana que altera el sosiego de la isla. ¿Qué es esto, caballeros? Tú, mi buen Yago, ¿por qué palideces? Cuéntamelo todo ¿Quién comenzó la pendencia? No me ocultes nada. Tu lealtad invoco.

YAGO

El motivo no lo sé. Hace poco estaban, en tanta paz y armonía como dos novios antes de entrar en el lecho, pero de repente, como si alguna maligna influencia sideral los hubiera tocado, desenvainan los aceros y se atacan y pelean a muerte. Repito que no sé la causa de la rencilla. ¡Ojalá yo hubiera perdido, lidiando bizarramente en algún combate glorioso, las dos piernas que me trajeron a ser testigo de tal escena!

OTELO

¿Por qué tal atropello, amigo Casio?

CASIO

Perdonadme, señor, ahora no puedo deciros nada.

MONTANO

Mis heridas apenas me lo consienten, señor. Vuestro alférez Yago os podrá responder por mí. No tengo conciencia de haber ofendido a nadie esta noche, de obra ni de palabra, a no ser que sea agravio el defender la propia existencia contra un agresor injusto.

OTELO

¡Vive Dios! Ya la sangre y la pasión vencen en mí al juicio. Y si llego a enojarme y a levantar el brazo, juro que el más esforzado ha de caer por tierra. Decidme cómo empezó la cuestión, quién la provocó. ¡Infeliz de él, aunque fuera mi hermano gemelo! ¿Estabais locos? Cuando todavía resuenan en el castillo los gritos de guerra, cuando aún estarán llenas de terror las gentes de la isla, ¿mis propios guardias han de alterar el sosiego de la noche con disputas y rebatos? Dímelo con verdad, Yago. ¿Quién comenzó?

MONTANO

No te juzgaré buen soldado, si por amistad con Casio faltas a la verdad.

YAGO

No me obliguéis tan duramente. Antes que faltar a mi amigo Casio, me mordería la lengua. Pero hablaré, porque creo que el decir yo la verdad no le perjudica en nada. Las cosas pasaron así, señor gobernador. Estaba Montano hablando conmigo, cuando se nos acercó un mancebo pidiéndonos ayuda contra Casio que venía detrás de él, espada en mano. Este amigo se interpuso y rogó a Casio que se detuviera. Yo corrí detrás del fugitivo, para que no alarmara al pueblo con sus

gritos, como al fin sucedió, porque no pude alcanzarle. Con esto volví a donde sonaba ruido de espadas, y juramentos de Casio, que nunca hasta esta noche se le habían oído. Andaba entre ellos tan recia y trabada la pelea como cuando vos separasteis. Nada más sé ni puedo decir. El hombre es hombre, y el más justo cae y peca. Y tengo para mí que aunque Casio golpeó a Montano, como hubiera podido golpear a su mejor amigo en un arrebató de furor, fue sin duda porque había recibido del fugitivo alguna ofensa intolerable.

OTELO

La amistad que con Casio tienes, y tu natural benévolo, amigo Yago, te mueven a disculparle. Mucho te quiero, Casio, pero ya no puedes ser mi teniente. (Sale Desdémona). Ved: con el alboroto habéis despertado a mi esposa. Voy a hacer en vosotros un ejemplar castigo.

DESDÉMONA

¿Qué ha sido esto?

OTELO

Ya está acabado todo, amiga mía. Vámonos a descansar. Yo haré curar vuestra herida, caballero, (a Montano). Yago, procura calmar al pueblo, si es que anda alterado con la riña. Vámonos, Desdémona. Esta es la vida del guerrero. Hasta en el seno del placer viene a despertar ruido de armas.

(Quedan solos Casio y Yago)

YAGO

¿Estáis herido, teniente?

Sí, y no hay cirujano que pueda curarme.

YAGO

¡No lo quiera Dios!

CASIO

¡He perdido la fama, el buen nombre, lo más espiritual y puro de mí ser, y sólo me queda la parte brutal. ¡El buen nombre, el buen nombre, Yago! Yago Por Dios vivo, creí que habíais recibido alguna herida material, la cual debiera angustiaros más que la pérdida de la fama. La fama no es sino vano ruido y falsedad e impostura, que las más veces se gana sin mérito y se pierde sin culpa. Y si vos no dais por pérdida la fama, de fijo que no la habéis perdido. ¡Valor, amigo Casio! Medios tenéis para volver a la gracia del general. Os ha quitado el empleo en un momento de ira, y más por política y buen parecer, que por mala

intención. Así pega uno a veces al perro fiel, para asustar al bravo león. Suplicadle, pedidle perdón, y todo os lo concederá.

CASIO

¿Cómo ha de atreverse a suplicar nada a un jefe tan íntegro y bueno, un oficial tan perdido, borracho, y sin seso como yo! ¡Embriagarme yo, perder el juicio, hablar por los codos, disputar, decir bravatas y reñir hasta con mi sombra!

¿Cómo te llamaré, espíritu incorpóreo del vino, que aún no tienes nombre? Sin duda que debo llamarte demonio.

YAGO

¿Y a quién perseguíais con el acero desnudo? ¿Qué os había hecho?

CASIO

Lo ignoro.

YAGO

¿Es posible?

CASIO

Muchas cosas recuerdo, pero todas confusas e incoherentes. Sólo sé que hubo una pendencia, pero de la causa no puedo dar razón. ¡Dios mío! ¿No es buena locura que los hombres beban a su propio enemigo, y que se conviertan, por medio del júbilo y de la algazara, en brutos animales? Yago Ya os vais serenando. ¿Cómo habéis recobrado el juicio, tan pronto? Casio El demonio de la ira venció al de la embriaguez. Un defecto provoca a otro, para que yo me avergüence más y más de mí mismo.

YAGO

Cuando yo le vuelva a pedir mi empleo, me llamará borracho. Aunque yo tuviera todas las bocas de la hidra, esta respuesta bastaría para hacerlas callar. ¡Pasar yo en breve rato desde el estado de hombre juicioso al de loco frenético y luego al de bestia! ¡Qué horror! Cada copa es una maldición del infierno, cada botella un demonio.

YAGO

No digáis eso, que el buen vino alegra el corazón humano, cuando no se abusa de él. No creo, teniente Casio, que dudaréis de la firmeza de mi amistad.

CASIO

Tengo pruebas de ello. ¡Borracho yo! Yago Vos y cualquiera puede emborracharse alguna vez. Ahora oíd lo que os toca hacer. La mujer de

nuestro gobernador le domina a él, porque él está encantado y absorto en la contemplación de su belleza. Decidle la verdad, ponédla por intercesora, para que os restituya vuestro empleo. Ella es tan buena, dulce y cariñosa que hará de seguro más de lo que acertéis a pedirle: ella volverá a componer esa amistad quebrada entre vos y su esposo, y apostaríá toda mi dicha futura a que este disgustillo sirve para estrecharla más y más.

CASIO

Me das un buen consejo.

YAGO

Y tan sincero y honrado como es mi amistad hacia vos.

CASIO

Así lo creo. Lo primero que haré mañana será rogar a Desdémona, que interceda por mí. Si ella me abandona, ¿qué esperanza puede quedarme?

YAGO

Bien decís. Buenas noches, teniente. Voy a la guardia.

CASIO

Buenas noches, Yago.

YAGO

¿Y quién dirá que soy un malvado, y que no son buenos y sanos mis consejos? Ese es el único modo de persuadir a Otelo, y muy fácil es que Desdémona interceda en favor de él, porque su causa es buena, y porque Desdémona es más benigna que un ángel del cielo. Y poco le ha de costar persuadir al moro. Aunque le exigiera que renegase de la fe de Cristo, de tal manera le tiene preso en la red de su amor, que puede llevarle a donde quiera, y le maneja a su antojo. ¿En qué está mi perfidia, si aconsejo a Casio el medio más fácil de alcanzar lo que desea? ¡Diabólico consejo el mío! ¡Arte propia del demonio engañar a un alma incauta con halagos que parecen celestiales!

Así lo hago yo, procurando que este necio busque la intercesión de Desdémona, para que ella ruegue al moro en favor de él. Y entre tanto yo destilaré torpe veneno en los oídos del moro, persuadiéndole que Desdémona pone tanto empeño en que no se vaya Casio, porque quiere conservar su ilícito amor. Y cuanto ella haga por favorecerle, tanto más crecerán las sospechas de Otelo. De esta manera convertiré el vicio en virtud, tejiendo con la piedad de Desdémona la red en que am-

bos han de caer. (Sale Rodrigo). ¿Qué novedades traes, Rodrigo?

RODRIGO

Sigo la caza, pero sin fruto. Mi dinero se acaba; esta noche me han apaleado, y creo que el mejor desenlace de todo sería volverme a Venecia, con alguna experiencia de más, harto duramente adquirida, y con algunos ducados de menos.

YAGO

¡Pobre del que no tiene paciencia! ¿Qué herida se curó de primera intención? No procedemos por ensalmos, sino con maña y cautela, y dando tiempo al tiempo. ¿No ves en qué estado andan las cosas? Es verdad que Casio te ha apaleado, pero él en cambio pierde su oficio. La mala yerba crece sin sol, pero la flor temprana es señal de temprana fruta. Ten paciencia y sosiego. Vete a tu posada; luego sabrás lo restante; vete, vete. Dos cosas tengo que hacer. La primera, hacer que mi mujer ayude a Desdémona en su petición a favor de Casio; y cuando ella esté suplicando con más ahínco, me interpondré yo y hablaré al moro. No es ocasión de timideces ni de esperas.

ACTO III
ESCENA PRIMERA

Sala del castillo

CASIO Y MÚSICOS

CASIO Yo os pago. Tocad un breve rato para festejar el natalicio del gobernador.

(Sale el bufón)

BUFÓN

Señores, ¿vuestros instrumentos han adquirido en Nápoles esa voz tan gangosa?

MÚSICOS

¿Qué decís?

BUFÓN

Tomad dinero: el gobernador gusta tanto de vuestra música que os paga para que no continuéis.

MÚSICO 1.º

Bien, señor. Callaremos.

BUFÓN

Tocad sólo alguna música que no se oiga, si es que la sabéis. En cuanto a la que se oye, el general no puede sufrirla.

MÚSICOS

Nunca hemos sabido tales músicas.

BUFÓN

Pues idos con la vuestra a otra parte, porque si no, me iré yo. ¡Idos lejos!

(Se van)

CASIO

¿Oyes, amigo?

BUFÓN

No oigo al amigo: te oigo a ti. Casio Basta de bromas: toma una moneda de oro. Si la dama que acompaña a la mujer del gobernador está ya levantada, dile que un tal Casio quiere hablarla. ¿Se lo dirás?

BUFÓN

Ya está levantada, y si la encuentro, le diré lo que deseáis.

CASIO

Díselo, amigo mío. (Se va el Bufón. Sale Yago). Bien venido, Yago.

YAGO

¿No os habéis acostado?

CASIO

Era casi de día, cuando me separé de ti. Ahora he enviado un recado a tu mujer, para que me facilite una entrevista con Desdémona. Yago Yo haré que la veas, y procuraré alejar a Otelo, para que no os interrumpa. Casio De todas veras te lo agradeceré. (Aparte.) Ni en Florencia misma he hallado hombre tan cortés y atento. (Sale Emilia) Emilia Buenos días, teniente. Mucho siento el percance que os ha pasado, pero creo que al fin ha de remediarse. De ello están hablando el gobernador y su mujer. Ella os defiende mucho. Otelo replica que heristeis a una persona muy conocida en Chipre: que era forzoso el castigo, y que por eso os destituyó. Pero como es tan amigo vuestro, no tardará en devolveros el empleo, apenas haya ocasión propicia.

A pesar de todo, me parece conveniente hablar a solas a Desdémona, si es que mi pretensión no te parece descabellada.

EMILIA

Ven conmigo: yo te llevaré a sitio donde puedas hablarla con toda libertad.

CASIO

Mucho os agradeceré tal favor.

(Se van)

ESCENA II

Sala del castillo

SALEN OTELO, YAGO Y VARIOS CABALLEROS

OTELO

Yago, entrega tú estas cartas al piloto, para que las comunique al Senado. Entre tanto yo voy a las murallas. Allí me encontrarás.

YAGO

Está bien, general.

OTELO

Caballeros, ¿queréis visitar la fortificación?

CABALLEROS

Como gustéis.

ESCENA III

Jardín del castillo

DESDÉMONA, EMILIA Y CASIO

DESDÉMONA

Pierde el temor, amigo mío. Te prestaré toda la ayuda y favor que pueda.

EMILIA

Señora, os suplico que lo hagáis, porque mi marido lo toma como asunto propio.

DESDÉMONA

Es muy honrado. Espero veros pronto amigos a Oteló y a ti, buen Casio.

CASIO

En mucho aprecio tu amistad. Sé que hace tiempo la tienes con mi marido, y que sólo se alejará de ti el breve tiempo que la prudencia lo exija.

CASIO

Pero esa prudencia puede durar tanto, o acrecentarse con tan perverso alimento, o atender a tan falsas apariencias, que estando ausente yo, y sucediéndome otro en el destino, olvide el general mis servicios.

DESDÉMONA

No tengas ese recelo. A Emilia pongo por testigo de que no he de desistir hasta que te restituyan el empleo. Yo cumplo siempre lo que prometo y juro. No dejaré descansar a mi marido, de día y de noche he de seguirle y abrumarle con ruegos y súplicas en tu favor. Ni en la mesa ni en el lecho cesaré de importunarle. Buen abogado vas a tener. Antes moriré que abandonar la pretensión de Casio.

EMILIA

Señora, el amo viene.

CASIO

Adiós, señora.

DESDÉMONA

Quédate, y oye lo que voy a decirle.

CASIO

No puedo oírte ahora ni estoy de buen temple para hablar en causa propia.

DESDÉMONA

Como queráis.

(Se va Casio. Salen Oteló y Yago)

YAGO

No me parece bien esto.

OTELÓ

¿Qué dices entre dientes?

YAGO

Nada... No lo sé, señor.

OTELÓ

¿Casio? No, señor. ¿Por qué había de huir él tan pronto, apenas os vio llegar?

OTELÓ

Pues me pareció que era Casio.

DESDÉMONA

¿Tú de vuelta, amor mío? Ahora estaba hablando con un pobre pretendiente, que se queja de tus enojos.

OTELÓ

¿Quién?

DESDÉMONA

Tu teniente Casio. Y si en algo estimas mi amor y mis caricias, óyeme benévolo. O yo no entiendo nada de fisonomías, o Casio ha pecado más que por malicia, por ignorancia. Perdónale.

OTELÓ

¿Era el que se fue de aquí ahora mismo?

DESDÉMONA

Sí, tan triste y abatido, que me dejó parte de su tristeza. Haz que vuelva contento, esposo mío.

OTELÓ

Ahora no: otra vez será, esposa mía.

DESDÉMONA

¿Pronto?

OTELÓ

Tus ruegos adelantarán el plazo.

DESDÉMONA

¿Esta noche, a la hora de cenar?

OTELO

Esta noche no puede ser.

DESDÉMONA

¿Mañana a la hora de comer?

OTELO

Entonces mañana por la noche, o el martes por la mañana, por la tarde o por la noche, o el miércoles muy de madrugada. Fíjame un término y que sea corto: tres días a lo más. Ya está arrepentido. Y aunque dicen que las leyes de la guerra son duras, y que a veces exigen el sacrificio de los mejores, su falta es bien leve, y digna sólo de alguna reprensión privada. Dime, Oteló: ¿cuándo volverá? Si tú me pidieras algo, no te lo negaría yo ciertamente. Mira que en nada pienso tanto como en esto. ¿No te acuerdas que Casio fue confidente de nuestros amores? ¿No sabes que él te defendía siempre, cuando yo injustamente y por algún arrebató de celos, hablaba mal de tí? ¿De qué dudas en perdonarle? No sé cómo persuadirte...

OTELO

Basta, mujer: no me digas más. Que vuelva cuando quiera.

DESDÉMONA

No te he pedido gracia, ni sacrificio, sino cosa que a tí mismo te está bien y te importa. Es como si te pidiera que te abrigaras, o que te pusieras guantes, o que comieses bien. Si mi petición fuera de cosa más difícil o costosa, a fe que tendría yo que medir y pesar bien las palabras, y aún así sabe Dios si lo alcanzaría.

OTELO

Nada te negaré. Una cosa sola he de pedirte. Déjame solo un rato.

DESDÉMONA

¿Yo dejar de obedecerte? Adiós, señor mío, adiós.

OTELO

Adiós, Desdémóna. Pronto seré contigo.

DESDÉMONA

Ven, Emilia. (A Oteló.) Siempre seré rendida esclava de tus voluntades.

(Se van)

OTELO

¡Alma de mi alma! Condenada sea mi alma, si yo no te quiero; y si alguna vez dejo de quererte, confúndase y acábase el universo!

YAGO

General.

OTELO

¿Qué dices, Yago?

YAGO

Lo supo todo, desde el principio hasta el fin. ¿A qué esa pregunta?

YAGO

Por nada: para matar un recelo mío.

OTELO

¿Qué recelo?

YAGO

Yo creí que nunca la había tratado.

OTELO

¡Si fue confidente y mensajero de nuestros amores!

YAGO

¿Eso dices?

OTELO

La verdad digo. ¿Por qué te sorprende? Pues ¿no es hombre de fiar?

YAGO

Sí: hombre de bien.

OTELO

Muy de bien.

YAGO

Así que sepa...

OTELO

¿Qué estáis murmurando?

YAGO

¿Murmurar?

OTELO

¡Sí, algo piensas, vive Dios! Vas repitiendo como un eco mis palabras, como si tuvieras en la conciencia algún monstruo, y no te atreverías a arrojarle. Hace un momento, cuando viste juntos a Casio y a mi mujer, dijiste que no te parecía bien. ¿Y por qué no? Ahora cuando te he referido que fue medianero de nuestros amores, preguntaste: «¿Es verdad eso?» y te quedaste caviloso, como si madurases alguna sinie-

stra idea. Si eres amigo mío, dime con

YAGO

Señor, ya sabéis que de todas veras os amo.

OTELO

Por lo mismo que lo sé y lo creo, y que te juzgo hombre serio y considerado en lo que dices, me asustan tus palabras y tu silencio. No los extrañaría en hombres viles y soeces, pero en un hombre honrado como tú son indicios de que el alma está ardiendo, y de que quiere estallar la indignación comprimida.

YAGO

Juro que tengo a Miguel Casio por hombre de honor.

OTELO

Yo también.

YAGO

El hombre debe ser lo que parece, o a lo menos, aparentarlo.

OTELO

Dices bien.

YAGO

Repito que a Casio le tengo por hombre honrado.

OTELO

Eso no es decírmelo todo. Declárame cuanto piensas y recelas, hasta lo peor y más oculto.

YAGO

Perdonadme, general: os lo suplico. Yo estoy obligado a obedeceros en todo, menos en aquellas cosas donde ni el mismo esclavo debe obedecer. ¿Revelaros mi pensamiento? ¿Y si mi pensamiento fuera torpe, vil y menguado? ¿En qué palacio no penetra alguna vez la alevosía? ¿En qué pecho no caben injustos celos y cavilosasidades? Hasta con el más recto juicio pueden unirse bajos pensamientos.

OTELO

Yago, faltas a la amistad, si creyendo infamado a tu amigo, no le descubres tu sospecha.

YAGO

¿Y si mi sospecha fuera infundada? Porque yo soy naturalmente celoso y perspicaz, y quizá veo el mal donde no existe. No hagáis caso de mis malicias, vagas e infundadas, ni perturbéis vuestro reposo por ellas, ni yo como hombre honrado y pundonoroso debo revelaros el

fondo de mi pensamiento.

OTELO

¿Qué quieres decir con eso?

¡Ay, querido jefe mío, la buena reputación, así en hombre como en mujer, es el tesoro máspreciado. Poco roba quien roba mi dinero; antes fue algo, después nada; antes mío, ahora suyo, y puede ser de otros cincuenta. Pero quien me roba la fama, no se enriquece, y a mí me deja pobre.

OTELO

¿Qué estás pensando? Dímelo, por Dios vivo. Quiero saberlo.

Yago No lo sabréis nunca aunque tengáis mi corazón en la mano. Otelos ¿Por qué? Yago Señor, temed mucho a los celos, pálido monstruo, burlador del alma que le da abrigo. Feliz el engañado que descubre el engaño y consigue aborrecer a la engañadora, pero ¡ay del infeliz que aún la ama, y duda, y vive entre amor y recelo!

OTELO

¡Horrible tortura!

YAGO

Más feliz que el rico es el pobre, cuando está resignado con su suerte. Por el contrario el rico, aunque posea todos los tesoros de la tierra, es infeliz por el temor que a todas horas le persigue, de perder su... ¡Dios mío, aparta de mis amigos, los celos!

Otelos ¿Qué quieres decir? ¿Imaginas que he de pasar la vida entre sospechas y temores, cambiando de rostro como la luna? No; la duda y la resolución sólo pueden durar en mí un momento, y si alguna vez hallares que me detengo en la sospecha y que no la apuro, llámame imbécil. Yo no me encelo si me dicen que mi mujer es hermosa y alegre, que canta y toca y danza con primor, o que se complace en las fiestas. Si su virtud es sincera, más brillará así. Tampoco he llegado a dudar nunca de su amor. Ojos tenía ella y entendimiento para escoger. Yago, para dudar necesito pruebas, y así que las adquiera, acabaré con el amor o con los celos.

YAGO

Dices bien. Y así conocerás mejor la lealtad que te profeso. Ahora no puedo darte pruebas. Vigila a tu esposa; repárala bien cuando hable con Casio, pero que no conozcan tus recelos en la cara. No sea que se burlen de tu excesiva buena fe. Las venecianas sólo confían a Dios

el secreto, y saben ocultársele al marido. No consiste su virtud en no pecar, sino en esconder el pecado.

OTELO

¿Eso dices? Yago

OTELO

Verdad es. Yago Pues la que tan bien supo fingir, hasta engañar a su padre, que no podía explicarse vuestro amor sino como obra de hechicería... Pero ¿qué estoy diciendo? Perdóname si me lleva demasiado lejos el cariño que te profeso.

OTELO

Eterna será mi gratitud.

YAGO

Mal efecto te han hecho mis palabras, señor.

OTELO

No. Mal efecto, ninguno.

YAGO

Paréceme que sí. Repara que cuanto te he dicho ha sido por tu bien. Pero señor, ¡estáis desconcertado! Ruego que no entendáis mis palabras más que como suenan, ni deis demasiado crédito e importancia a una sospecha. Oteló Te lo prometo. Yago Si no, lo sentiría, y aun sería más pronto el desenlace, que lo que yo imaginé. Casio es amigo mío... Pero ¡estáis turbado! Oteló ¿Por qué? Yo tengo a Desdémona por honrada. Yago ¡Que lo sea mucho tiempo: ¡Que por muchos años lo creas tú así! Oteló Pero cuando la naturaleza comienza a extraviarse... Yago Ahí está el peligro. Y a decir verdad, el haber despreciado tan ventajosos casamientos de su raza, de su patria y de su condición y haberse inclinado a ti, parece indicio no pequeño de torcidas y livianas inclinaciones. La naturaleza hubiera debido moverla a lo contrario. Pero... perdonadme: al decir esto, no aludo a ella solamente, aunque temo que al compararos con los mancebos de Venecia, pudiera arrepentirse.

OTELO

Adiós, adiós, y si algo más averiguas, no dejes de contármelo. Que tu mujer los vigile mucho. Adiós, Yago.

YAGO

Me voy, general. Quédate con Dios.

(Se aparta breve trecho)

OTELO

¿Para qué me habré casado? Sin duda este amigo sabe mucho más que lo que me ha confesado.

YAGO

Gobernador, os suplico que no volváis a pensar en eso. Dad tiempo al tiempo, y aunque parece justo que Casio recobre

su empleo, puesto que es hábil para desempeñarlo, mantened las cosas en tal estado algún tiempo más, y entre tanto podéis estudiar su carácter, y advertir si vuestra mujer toma con mucho calor su vuelta. Este será vehemente indicio, pero entre tanto, inclinaos a pensar que me he equivocado en mis sospechas y temores, y no desconfiéis de su fidelidad.

OTELO

Nada temas. Yago Adiós otra vez. (Vase) Otelos Este Yago es buen hombre y muy conocedor del mundo. ¡Ay, halcón mío! si yo te encontrara fiel, aunque te tuviera sujeto al corazón con garfios o correas, te lanzaría al aire en busca de presa. ¿Quizá me estará engañando por ser yo viejo y negro, o por no tener la cortesía y ameno trato propios de la juventud? ¿Pero qué me importa la razón? Lo cierto es que la he perdido, que me ha engañado, y que no tengo más recurso que aborrecerla. ¡Maldita boda; ser yo dueño de tan hermosa mujer pero no de su alma! Más quisiera yo ser un sapo asqueroso o respirar la atmósfera de una cárcel, que compartir con nadie la posesión de esa mujer. Pero tal es la maldición que pesa sobre los grandes, más infelices en esto que la plebe. Maldición que nos amenaza, desde que comenzamos a respirar el vital aliento. Aquí viene Desdémona. (Salen Desdémona y Emilia.) (Aparte.) ¿Será verdad que es infiel? ¿Se burlará el cielo de sí mismo?

DESDÉMONA

Otelos, ven; los nobles de la isla están ya congregados para el banquete.

OTELO

¿Qué insensatez la mía!

DESDÉMONA

¿Por qué hablas entre dientes? ¿Estás malo?

OTELO

Sin duda, por el insomnio. Pero pronto sanarás. Yo te vendaré la cabeza, y antes de una hora estarás aliviado.

(Intenta ponerle el pañuelo)

OTELO

Ese pañuelo es pequeño. (Se cae el pañuelo). Déjalo. Me voy contigo.

DESDÉMONA

Mucho siento tu incomodidad.

(Vanse)

EMILIA

¡Oh felicidad! Este es el pañuelo, primera ofrenda amorosa del moro. Mi marido me ha pedido mil veces que se lo robe a Desdémona, pero como ella lo tiene en tanto aprecio, y Oteló se lo encomendó tanto, jamás lo deja de la mano, y muchas veces le besa y acaricia. Haré copiar la misma labor, y se la daré a Yago, aunque no puedo atinar para qué él le desea: Dios lo sabe. A mí sólo me toca obedecer.

(Sale Yago)

YAGO

¿Cómo estás sola?

EMILIA

No te enojés, que algo tengo que regalarte.

YAGO

¿A mí qué? Buena cosa será.

EMILIA

¡Ya lo creo!

YAGO

Eres necia, esposa mía.

EMILIA

¡Ya lo creo! ¿Cuánto me darás por aquel pañuelo?

YAGO

¿Qué pañuelo?

EMILIA

¿Y ya lo has hecho?

EMILIA

No le he robado, sino que le he recogido del suelo, donde ella le dejó caer. Tómale, aquí está.

YAGO

Dámele, pues, amor mío.

EMILIA

¿Y para qué? ¿Cómo tuviste tanto empeño en que yo le robara?

YAGO

(Cogiendo el pañuelo). ¿Qué te importa? Dámelo.

EMILIA

Si no le necesitas para cosa de importancia, devuélvemele pronto, Yago, porque mi señora se morirá de pena, así que eche de ver la falta.

YAGO

No le confieses nada. Necesito el pañuelo. ¿Oyes? Vete. (Vase Emilia.) Voy a tirar este pañuelo en el aposento de Casio, para que allí le encuentre Otelo. La sombra más vana, la más ligera sospecha son para un celoso irrecusables pruebas. Ya comienza a hacer su efecto el veneno: al principio apenas ofende los labios, pero luego, como raudal de lava, abrasa las entrañas. Aquí viene el moro. (Aparte.) No podrás conciliar hoy el sueño tan apaciblemente como ayer, aunque la adormidera, el beleño y la mandrágora mezclen para ti sus adormecedores jugos.

OTELO

¡Infiel! ¡Infiel! Yago ¿Qué decís, gobernador? Otelo ¡Lejos, lejos de mí! Tus sospechas me han puesto en el tormento. Vale más ser engañado del todo que padecer, víctima de una duda. Yago ¿Por qué decís eso, general? Otelo ¿Qué me importaban sus ocultos retozos, si yo no los veía ni me percataba de ellos, ni perdía por eso el sueño, la alegría, ni el reposo? Jamás advertí en sus labios la huella del beso de Casio. Y si el robado no conoce el robo, ¿qué le

YAGO

Duéleme oírte hablar así.

OTELO

Yo hubiera podido ser feliz aunque los más ínfimos soldados del ejército hubiesen disfrutado de la hermosura de ella.

¡Pero haberlo sabido! ¡Adiós, paz de mi alma! ¡Adiós, bizarros escuadrones, glorioso campo de pelea, que truecas la ambición en virtud! ¡Adiós, corceles de batalla, clarín bastardo, bélicos a tambores, pífanos atronantes, banderas desplegadas, pompa de los ojos, lujo y estruendo de las armas! ¡Adiós todo, que la gloria de Otelo se ha acabado!

YAGO

¿Será verdad señor?

OTELO

¡Infame! Dame pruebas infalibles de que mi esposa es adúltera. ¿Me oyes? Quiero pruebas que entren por los ojos, y si no me las das, perro malvado, más te valiera no haber nacido que encontrarte al alcance de mis manos. ¡Haz que yo lo vea, o a lo menos pruébalo de tal suerte, que la duda no encuentre resquicio ni pared donde aferrarse. Y si no, ¡ay de ti!

YAGO

¡Señor, jefe mío!

OTELO

Si lo que me has dicho, si el tormento en que me has puesto no es más que una calumnia, no vuelvas a rezar en todos los días de tu vida: sigue acumulando horrores y maldades, porque tu eterna condenación es tan segura que poco puede importarte un crimen más.

YAGO

¡Piedad, Dios mío! ¿Sois hombre, Otelo, o es que habéis perdido el juicio? Desde ahora renuncio a mi empleo. ¡Qué necio yo, cuyos favores se toman por agravios! ¡Cuán triste cosa es en este mundo ser honrado y generoso! Mucho me alegro de haberlo aprendido. Desde hoy prometo no querer bien a nadie, si la amistad se paga de este modo.

OTELO

No te vayas. Escúchame. Mejor es que seas honrado.

YAGO

No: seré ladino y cauteloso. La bondad se convierte en insensatez cuando trabaja contra sí misma.

OTELO

¡Por Dios vivo! Yo creo y no creo que mi mujer es casta, y creo y no creo que tú eres hombre de bien. Pruebas, pruebas. Su nombre, que resplandecía antes más que el rostro de la luna, está ahora tan oscuro y negro como el mío. No he de sufrirlo, mientras haya en el mundo cuerdas, aceros, venenos, hogueras y ríos desbordados. ¡Pruebas, pruebas!

Señor, veo que sois juguete de la pasión, y ya me va pesando de mi franqueza. ¿Queréis pruebas? Otelo No las quiero: las tendré. Yago Y podéis tenerlas. ¡Pero qué género de pruebas! ¿Queréis verlos juntos? ¡Qué grosería! Otelo ¡Condenación! ¡Muerte! Yago Y tengo para mí que había de ser difícil sorprenderlos en tal ocasión. Buen cuidado tendrán ellos de ocultar sus adúlteras caricias de la vista de todos. ¿Qué

prueba bastará a convencerlos? ¿Ni cómo habéis de verlos? Aunque estuviesen más ardorosos que jimios o cabras o que lobos en el celo, o más torpes y necios que la misma estupidez. De todas suertes, aunque yo no pueda daros pruebas evidentes, tengo indicios tales, que pueden llevaros a la averiguación de la verdad.

OTELO

Dame alguna prueba clara y evidente de su infidelidad.

YAGO

A fe mía que no me gusta el oficio de delator, pero a tal extremo han llegado las cosas que ya no puedo evitarlo. Ya sabes que mi aposento está cerca del de Casio, y que aquejado por el dolor de muelas, no puedo dormir. Hay hombres tan ligeros que entre sueños descubren su secreto. Así Casio, que entre sueños decía: «Procedamos con cautela, amada Desdémona». Y luego me cogió la mano, y me la estrechó con fuerza, diciéndome: «Amor mío», y me besó como si quisiera desarraigar los besos de mis labios, y dijo en altas voces: «¡Maldita fortuna la que te hizo esposa del moro!»

OTELO

¡Qué horror!

YAGO

Pero todo eso fue un sueño.

OTELO

Prueba palpable, aunque fuera sueño, puesto que descubre que su amor ha llegado a la posesión definitiva.

YAGO

Esta prueba sirve para confirmar otras, aunque ninguna de ellas convence.

OTELO

Quiero destrozarla.

YAGO

Ten prudencia. Con certidumbre no sé nada. ¿Quién sabe si será fiel todavía? ¿No has visto alguna vez un pañuelo bordado en manos de Desdémona?

OTELO

Sí, por cierto; fue el primer regalo que la hice.

YAGO

No lo sabía yo, pero vi en poder de Casio un pañuelo, del todo semejante. Sí: estoy seguro de que era el de vuestra mujer.

OTELO

¡Si fuera el mismo!...

YAGO

Aquel u otro: basta que fuera de ella para ser un indicio desfavorable.

OTELO

Ojalá tuviera él cien mil vidas, que una sola no me basta para saciar mi venganza. Mira, Yago: con mi aliento arrojo para siempre mi amor. ¡Sal de tu caverna, temida venganza! Amor, ¡ríndete al monstruo del odio! ¡Pecho mío, llénate de víboras!

YAGO

Cálmate, señor.

OTELO

¡Sangre, Yago, sangre!

YAGO

Sangre, no: paciencia. ¿Quién sabe si mudaréis de pensamiento?

OTELO

Nunca, Yago. Así como el gélido mar corre siempre con rumbo a la Propóntide y al Helesponto, sin volver nunca atrás su corriente, así mis pensamientos de venganza no se detienen nunca en su sanguinaria carrera, ni los templará el amor, mientras no los devore la venganza. Lo juro solemnemente por el cielo que nos cubre.

(Se arrodilla)

YAGO

No os levantéis. (Se arrodilla también.) Sed testigos, vosotros, luceiros de la noche, y vosotros, elementos que giráis en torno del mundo, de que Yago va a dedicar su corazón, su ingenio y su mano a la venganza de Oteló. Lo que él mande, yo lo obedeceré, aunque me parezca feroz y sanguinario.

OTELO

Dad por muerto a mi amigo, aunque ella viva.

OTELO

No, no: ¡vaya al infierno esa mujer carnal y lujuriosa! Voy a buscar astutamente medios de dar muerte a tan hermoso demonio. Yago, desde hoy serás mi teniente.

YAGO

Esclavo vuestro siempre.

ESCENA. IV

Explanada delante del castillo

SALEN DESDÉMONA, EMILIA Y UN BUFÓN

DESDÉMONA

Dime: ¿dónde está Casio?

BUFÓN

No en parte alguna que yo sepa.

DESDÉMONA

¿Por qué dices eso? ¿No sabes a lo menos cuál es su alojamiento?

BUFÓN

Si os lo dijera, sería una mentira.

DESDÉMONA

¿No me dirás algo con seriedad?

BUFÓN

No sé cuál es su posada, y si yo la inventara ahora, sería hospedarme yo mismo en el pecado mortal.

DESDÉMONA

¿Podrás averiguarlo y adquirir noticias de él?

BUFÓN

Preguntaré como un catequista, y os traeré las noticias que me dieren.

(Vase)

DESDÉMONA

Emilia, ¿dónde habré perdido aquel pañuelo?

EMILIA

No lo sé, señora mía.

DESDÉMONA

Créeme. Preferiría yo haber perdido un bolsillo lleno de ducados. A fe que si el moro no fuera de alma tan generosa y noble incapaz de dar en la ceguera de los celos, bastaría esto para despertar sus sospechas.

EMILIA

¿No es celoso?

DESDÉMONA

El sol de su nativa África limpió su corazón de todas esas malas pasiones.

Emilia

Por allí viene.

DESDÉMONA

No me separaré de él hasta que llegue Casio. (Sale Oteló.) ¿Cómo estás, Oteló?

OTELÓ

Muy bien, esposa mía. (Aparte.) ¡Cuán difícil me parece el disimulo! ¿Cómo te va, Desdémona?

DESDÉMONA

Bien, amado esposo.

OTELÓ

Dame tu mano, amor mío. ¡Qué húmeda está!

DESDÉMONA

No la quitan frescura ni la edad ni los pesares.

OTELÓ

Es indicio de un alma apasionada. Es húmeda y ardiente. Requiere oración, largo ayuno, mucha penitencia y recogimiento, para que el diablillo de la carne no se subleve. Mano tierna, franca y generosa.

DESDÉMONA

¡Qué mano tan dadivosa! En otros tiempos el alma hacía el regalo de la mano. Hoy es costumbre dar manos sin alma.

DESDÉMONA

Nada sé de eso. ¿Te has olvidado de tu palabra?

OTELÓ

¿Qué palabra?

DESDÉMONA

He mandado a llamar a Casio para que hable contigo.

OTELÓ

Tengo un fuerte resfriado. Dame tu pañuelo.

DESDÉMONA

Tómale, esposo mío.

OTELÓ

El que yo te di.

DESDÉMONA

No le tengo aquí.

OTELO

¿No?

DESDÉMONA

No, por cierto.

OTELO

Falta grave es esa, porque aquel pañuelo se lo dio a mi madre una sabia hechicera, muy hábil en leer las voluntades de las gentes, y díjole que mientras le conservase, siempre sería suyo el amor de mi padre, pero si perdía el pañuelo, su marido la aborrecería y buscaría otros amores. Al tiempo de su muerte me lo entregó, para que yo se le regalase a mi esposa el día que llegara a casarme. Hícelo así, y repito que debes guardarle bien y con tanto cariño como a las niñas de tus ojos, porque igual desdicha sería para ti perderlo que regalarlo.

DESDÉMONA

¿Será verdad lo que cuentas?

OTELO

Indudable. Hay en esos hilos oculta y maravillosa virtud, como que los tejó una sibila agitada de divina inspiración.

Los gusanos que hilaron la seda eran asimismo divinos. Licor de momia y corazón de virgen sirvieron para el hechizo.

DESDÉMONA

¿Dices verdad?

OTELO

No lo dudes. Y haz por no perderle.

DESDÉMONA

¡Ojalá que nunca hubiera llegado a mis manos!

OTELO

¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

DESDÉMONA

¿Por qué hablas con tal aceleramiento?

OTELO

¿Le has perdido? ¿Dónde? Contéstame.

DESDÉMONA

¡Favor del cielo!

OTELO

¿Qué estás diciendo?

DESDÉMONA

No le perdí. Y si por casualidad le hubiera perdido...

OTELO

¿Perderle?

DESDÉMONA

Te juro que no lo perdí.

OTELO

Pues dámele, para que yo lo vea.

DESDÉMONA

Ahora mismo podría dártelo, pero no quiero hacerlo, porque tú no accedes a mis ruegos, ni vuelves su empleo a Casio.

Muéstrame el pañuelo. Mis sospechas crecen.

DESDÉMONA

Hazme ese favor, Oteló. Nunca hallarás hombre más hábil e inteligente.

OTELO

¡El pañuelo!

DESDÉMONA

Hablemos de Casio.

OTELO

¡El pañuelo!

DESDÉMONA

Casio que en todo tiempo fue amigo y protegido tuyo, que a tu lado corrió tantas aventuras...

OTELO

¡El pañuelo!

DESDÉMONA

Grande es tu impaciencia.

OTELO

¡Aparta!

(Se va)

EMILIA

¿Estará celoso?

DESDÉMONA

Es la primera vez que le veo así. Sin duda aquel pañuelo está encantado. ¡Cuánto siento haberlo perdido!

EMILIA

No bastan un año ni dos, para conocer el carácter de un hombre. Son abismos que a nosotras nos devoran, y cuando se hartan, nos arrojan de sí. Aquí vienen mi marido y Casio.

(Salen Casio y Yago)

YAGO

Ya no queda otro recurso. Ella es quien ha de hacerlo. Allí está. ¡Oh fortuna! Id a rogárselo.

¿Qué noticias traes, Casio?

CASIO

Nada, sino mi antigua pretensión, señora. Deseo, merced a vuestra generosa intercesión, volver a la luz, a la vida, a la amistad del hombre a quien tanto respeto y agradecimiento debo. Sólo os suplico que intercedáis con mucha eficacia, y si mi culpa es tan grande que ni mis servicios pasados, ni mi infortunio presente, ni mis méritos futuros bastan a que sea perdonada, sépalo yo de cierto, y alegrándome, con forzada alegría, de saberlo, pediré limosna a la fortuna por otro camino.

DESDÉMONA

¡Ay, buen señor Casio! Mis ruegos no suenan ya bien en los oídos de mi señor. Mi esposo no es el de antes. Si su rostro hubiera cambiado tanto como su índole, de fijo que yo no le conocería. Todos los santos me sean testigos de que le he suplicado en favor tuyo con cuanto empeño he podido, hasta incurrir en su indignación por mi atrevimiento y tenacidad. Es preciso dar tiempo al tiempo. Yo haré lo que pueda, y más que si se tratase de negocio mío.

YAGO

¿Se enojó contra ti el general? Emilia Ahora acaba de irse de aquí, con ceño muy torvo. Yago ¿Será verdad? Grave será el motivo de su enojo, porque nunca le he visto inmutarse, ni siquiera cuando a su lado una bala de cañón mató a su hermano. Voy a buscar a Oteló. (Vase)

DESDÉMONA

Será sin duda algún negocio político, del gobierno de Venecia, o alguna conspiración de Chipre lo que ha turbado la calma de mi marido. Cuando los hombres por cualquier motivo grave se enojan, riñen hasta sobre las cosas más insignificantes. De la misma suerte, con un dedo que nos duela, todos los demás miembros se resienten. Los hombres no son dioses, ni tenemos derecho para pedirles siempre ternura. Bien haces, Emilia, en reprenderme mi falta de habilidad. Cuando ya bien a

las claras mostraba su ánimo el enojo, yo misma soborné a los testigos, levantándole falso testimonio.

EMILIA

Quiera Dios que sean negocios de Estado, como sospecháis, y no vanos recelos y sospechas infundadas.

DESDÉMONA

¡Celos de mí! ¿Y por qué causa, si nunca le he dado motivo?

EMILIA

No basta eso para convencer a un celoso. Los celos nunca son razonados. Son celos porque lo son: monstruo que se devora a sí mismo.

Quiera Dios que nunca tal monstruo se apodere del alma de Otelo.

EMILIA

Así sea, señora mía.

DESDÉMONA

Yo le buscaré. No te alejes mucho, amigo Casio. Y si él se presenta propicio, redoblaré mis instancias, hasta conseguir lo que deseas.

CASIO

Humildemente os, lo agradezco, reina.

(Vanse Emilia y Desdémona)

(Sale Blanca)

BLANCA

Buenos días, amigo Casio.

CASIO

¿Cómo has venido, hermosa Blanca? Bien venida seas siempre. A hora mismo pensaba ir a tu casa.

BLANCA

Y yo a tu posada, Casio amigo. ¡Una semana sin verme! ¡Siete días y siete noches! ¡Veinte veces ocho horas, más otras ocho! ¡Y horas más largas que las del reloj, para el alma enamorada! ¡Triste cuenta!

CASIO

No te enojés, Blanca mía. La pena me ahogaba. En tiempo más propicio pagaré mi deuda. Hermosa Blanca, cópiame la labor de este pañuelo.

(Se le da)

BLANCA

Casio, ¿de dónde te ha venido este pañuelo? Sin duda de alguna nueva querida. Si antes lloré tu ausencia, ahora debo llorar más el motivo.

CASIO

Calla, niña. Maldito sea el demonio que tales dudas te inspiró. Ya tienes celos y crees que es de alguna dama. Pues no es cierto, Blanca mía.

BLANCA

¿De quién es?

¿Y por qué he de irme?

CASIO

Porque va a venir el general, y no me parece bien que me encuentre con mujeres.

BLANCA

¿Y por qué?

CASIO

No porque yo no te adore.

BLANCA

Porque no me amas. Acompáñame un poco. ¿Vendrás temprano esta noche?

CASIO

Poco tiempo podré acompañarte, porque estoy de espera. Pero no tardaremos en vernos.

BLANCA

Bien está. Es fuerza acomodarse al viento.

ACTO IV
ESCENA PRIMERA

Plaza delante del castillo

SALEN OTELO Y YAGO

YAGO

¿Qué pensáis?

OTELO

¿Qué he de pensar, Yago?

YAGO

¿Qué os parece de ese beso?

OTELO

Beso ilícito.

Puede ser sin malicia.

OTELO

¿Sin malicia? Eso es hipocresía y querer engañar al demonio. Arrojar a tales cosas sin malicia es querer tentar la omnipotencia divina.

YAGO

Con todo es pecado venial. Y si yo hubiera dado a mi mujer un pañuelo...

OTELO

¿Qué?

YAGO

Señor: en dándoselo yo, suyo es, y puede regalársele a quien quiera.

OTELO

También es suyo mi honor, y sin embargo no puede darle.

YAGO

El honor, general mío, es cosa invisible, y a veces le gasta más quien nunca le tuvo. Pero el pañuelo...

OTELO

¡Por Dios vivo! Ya le hubiera yo olvidado. Una cosa que me dijiste anda revoloteando sobre mí como el grajo sobre techo infestado de pestilencia. Me dijiste que Casio había recibido ese pañuelo.

YAGO

¿Y qué importa?

OTELO

Pues no me parece nada bien.

YAGO

¿Y si yo os dijera que presencié vuestro agravio, o a lo menos que le he oído contar, porque hay gentes que apenas han logrado, a fuerza de importunidades, los favores de una dama, no paran hasta contarlo?

OTELO

¿Y él ha dicho algo?

YAGO

Sí, general mío. Pero tranquilizaos, porque todo lo desmentirá.

OTELO

¿Y qué es lo que dijo?

YAGO

Que estuvo con ella... No sé qué más dijo.

OTELO

¿Con ella?

YAGO

Sí, con ella.

OTELO

¿Con ella! ¡Eso es vergonzoso, Yago! ¡El pañuelo... confesión... el pañuelo! ¡Confesión y horca! No: ahorcarle primero y confesarle después... Horror me da el pensarlo. Horribles presagios turban mi mente. Y no son vanas sombras, no... Oídos, labios... ¿Será verdad?... Confesión, pañuelo...

(Cae desmayado)

YAGO

¡Sigue, sigue, eficaz veneno mío! Él mismo se va enredando incauta y desatentadamente. Así vienen a perder su fama las más castas matronas, sin culpa suya. ¡Levantaos, señor, levantaos! ¿Me oís, Otelos? ¿Qué sucede, Casio?

(A Casio que entra)

CASIO

¿Qué ha pasado?

YAGO

El general tiene un delirio convulsivo, lo mismo que ayer.

CASIO

Frótle las sienes.

YAGO

No: es mejor que la naturaleza obre y el delirio pase, porque si no, empezará a echar espumarajos por la boca, y caerá en un arrebato de locura. Ya empieza a moverse. Retírate un poco. Pronto volverá de su accidente. Después que se vaya, te diré una cosa muy importante. (Se va Casio.) General, ¿os duele aún la cabeza?

OTELO

¿Te estás burlando de mí?

YAGO

¿Burlarme yo? No lo quiera Dios. Pero quiero que resistáis con viril fortaleza vuestro infeliz destino.

Marido deshonorado, más que hombre, es una bestia, un monstruo.

YAGO

Pues muchas bestias y muchos monstruos debe de haber en el mundo.

OTELO

¿Él lo dijo?

YAGO

Tened valor, general, pensando que casi todos los que van sujetos al yugo, pueden tirar del mismo carro que vos. Infinitos maridos hay que, sin sospecha, descansan en tálamos profanados por el adulterio, aunque ellos se imaginan tener la posesión exclusiva. Mejor ha sido vuestra fortuna. Es gran regocijo para el demonio, el ver a un honrado varón tener por casta a la consorte infiel. En cambio, al que todo lo sabe, fácil le es tomar venganza de su injuria.

OTELO

Bien pensado, a fe mía.

YAGO

Acéchalos un rato y ten paciencia. Cuando más rendido estabais al peso de la tristeza, llegó a este aposento Casio. Yo le despedí, dando una explicación plausible de vuestro desmayo. Prometió venir luego a hablarme. Ocultaos, y reparad bien sus gestos, y la desdeñosa expresión de su semblante. Yo le haré contar otra vez el lugar, ocasión y modo con que triunfó de vuestra esposa. Reparad su semblante, y tened paciencia, porque si no, diré que vuestra ira es loca e impropia de

hombre racional.

OTELO

¿Lo entiendes bien, Yago? Ahora, por muy breve tiempo, voy a hacer el papel de sufrido, luego el de verdugo.

Yago Dices bien, pero no conviene que te precipites. Ahora escóndete. (Se aleja Oteló.) Para averiguar dónde está Casio, lo mejor es preguntárselo a Blanca, una infeliz a quien Casio mantiene, en cambio de su venal amor. Tal es el castigo de las rameras: engañar a muchos, para ser al fin engañadas por uno solo. Siempre que le hablan de ella, se ríe estrepitosamente. Pero aquí viene el mismo Casio. (Sale Casio.) Su risa provocará la ira de Oteló. Toda la alegría y regocijo del pobre Casio la interpretará con la triste luz de sus celos. ¿Qué tal, teniente mío? Casio Mal estoy, cuando te oigo saludarme con el nombre de ese cargo, cuya pérdida tanto me afana. Yago Insistid en vuestros ruegos, y Desdémona lo conseguirá. (En voz baja.) Si de Blanca dependiera el conseguirlo, ya lo tendríais.

CASIO

¡Pobre Blanca!

(Aparte.) ¡Qué risa la suya!

YAGO

Está locamente enamorada de ti.

CASIO

¡Ah, sí! ¡Pobrecita! Pienso que me ama de todas veras.

OTELO

(Aparte.) Hace como quien lo niega, y al mismo tiempo se ríe.

YAGO

Óyeme, Casio.

OTELO

(Aparte.) Ahora le está importunando para que repita la narración.

¡Bien! ¡Cosa muy oportuna!

YAGO

¿Pues no dice que os casaréis con ella? ¿Pensáis en eso?

CASIO

¡Oh qué linda necedad!

OTELO

(Aparte.) ¿Triunfas, triunfas?

CASIO

¡Yo casarme con ella! ¿Yo con una perdida? No me creas capaz de semejante locura. ¡Ah, ah!

OTELO

(Aparte.) ¡Cómo se ríe este truhán afortunado!

YAGO

Pues la gente dice que os vais a casar con ella.

CASIO

Dime la verdad entera.

YAGO

Que me emplumen, si no la digo.

¿Con que me han engañado? Está bien.

CASIO

Ella misma es la que divulga esa necedad, pero yo no le he dado palabra alguna.

OTELO

Yago me está haciendo señas. Ahora va a empezar la historia.

CASIO

Ahora poco la he visto: en todas partes me sigue. Días pasados estaba yo en la playa hablando con unos venecianos, cuando ella me sorprende y se arroja a mi cuello... Oteló (Aparte.) Y te diría: «hermoso Casio» o alguna cosa por el estilo. Casio Y me abrazaba llorando, y se empeñaba en llevarme consigo. Oteló Y ahora contará cómo la llevó a mi lecho. ¿Por qué, por qué estaré yo viendo las narices de ese infame, y no el perro a quien he de arrojárselas?

CASIO

Tengo que dejarla.

YAGO

Mírala: allí viene.

CASIO

¡Y qué cargada de perfumes! (Sale Blanca.) ¿Por qué me persigues sin cesar?

BLANCA

¡El diablo es quien te persigue! ¿Para qué me has dado, hace poco, ese pañuelo? ¿Qué necia fui en tomarle! ¿Querías que yo te copiase la labor? ¡Qué inocencia! Encontrarle en su cuarto, y no saber quién le dejó. Será regalo de alguna querida, ¿y tenías empeño en que yo copiase la labor? Aquí te lo devuelvo: dásele; que no quiero copiar ningún

dibujo de ella. Casio Pero, Blanca, ¿qué te pasa? Calla, calla.

OTELO

¡Poder del cielo! ¿No es ese mi pañuelo?

BLANCA

Vente conmigo, si quieres cenar esta noche. Si no, ven cuando quieras.

(Vase)

YAGO

Síguela.

CASIO

Tengo que seguirla. Si no, alborotará a las gentes.

YAGO

¿Y cenarás con ella?

CASIO

Pienso que sí.

YAGO

Allí os buscaré, porque tengo que hablaros.

CASIO

¿Vendréis a cenar con nosotros?

YAGO

Iré.

OTELO

(A Yago.) ¿Qué muerte elegiré para él, Yago?

YAGO

Ya visteis con qué algazara celebraba su delito.

OTELO

¡Ay, Yago!

YAGO

¿Visteis el pañuelo?

OTELO

¡Era el mío!

YAGO

Nueve años seguidos quisiera estarla matando. ¡Oh, qué divina y admirable mujer!

YAGO

No os acordéis de eso.

OTELO

Esta noche ha de bajar al infierno. No quiero que viva ni un día más. Mi corazón es de piedra: al herirle me hirió la mano. ¡Oh, qué hermosa mujer! No la hay igual en el mundo. Merecía ser esposa de un emperador que la obedeciese como siervo.

YAGO

No os acordéis de eso.

OTELO

¡Maldición sobre ella! Pero ¿quién negará su hermosura? ¡Y qué manos tan hábiles para la labor! ¡Qué voz para el canto! Es capaz de amansar las fieras. ¡Qué gracia, qué ingenio!

YAGO

Eso la hace mil veces peor.

OTELO

Sí, ¡mil veces peor! Y es, además, tan dulce, tan sumisa.

YAGO

Demasiada blanda de condición.

OTELO

Dices verdad. Pero, a pesar de todo, amigo Yago, ¡qué dolor, qué dolor!

YAGO

Si tan enamorado estáis de ella, a pesar de su alevosía, dejadla pecar a rienda suelta. Para vos es el mal; si os dais por contento, ¿a los demás qué nos importa?

OTELO

Pedazos quiero hacerla. ¡Engañarme a mí!

Yago ¡Oh, perversa mujer!

OTELO

YAGO

Eso es todavía peor.

OTELO

Búscame un veneno, Yago, para esta misma noche. No quiero hablarla, no quiero que se disculpe, porque me vencerán sus hechizos. Para esta misma noche, Yago.

YAGO

No estoy por el veneno. Mejor es que la ahoguéis sobre el mismo lecho que ha profanado.

OTELO

¡Admirable justicia! Lo encuentro muy bien.

YAGO

De Casio yo me encargo. Allá a las doce de la noche sabréis lo demás.

OTELO

¡Admirable plan! ¿Pero qué trompeta es la que suena?

YAGO

Alguna embajada de Venecia, enviada por el Dux. Allí veo a Ludovico acompañado de vuestra mujer.

(Salen Ludovico, Desdémona, etc.)

LUDOVICO

General, os saludo respetuosamente.

OTELO

Bien venido seáis.

LUDOVICO

Os saludan el Dux y Senadores de Venecia.

(Le da una carta)

OTELO

Beso la letra, expresión de su voluntad.

(Besa la carta)

DESDÉMONA

¿Qué pasa por Venecia, primo mío Ludovico?

YAGO

Caballero, mucho me alegro de veros en Chipre.

LUDOVICO

Gracias, hidalgo, ¿y dónde está el teniente Casio?

YAGO

Vivo y sano.

DESDÉMONA

Entre él y mi marido ha habido ciertas disensiones, pero vos los pondréis en paz, de seguro.

OTELO

¿Así lo crees?

DESDÉMONA

¿Qué dices, esposo mío?

OTELO

(Leyendo.) «Es preciso cumplirlo sin demora».

LUDOVICO

No os oye: está ocupado en la lectura: ¿Con que, han reñido él y Casio?

DESDÉMONA

Sí, y no sé cuánto hubiera yo dado por hacer las paces entre ellos, porque tengo buena voluntad a Casio.

OTELO

¡Rayos y centellas!

DESDÉMONA

¡Esposo mío!

OTELO

¿Piensas lo que estás diciendo?

DESDÉMONA

¿Cómo? ¿Está furioso?

LUDOVICO

Puede ser que le haya hecho mal efecto la carta, porque (si no me equivoco) se le manda en ella volver a Venecia,

DESDÉMONA

Mucho me alegro.

OTELO

¿Te alegras?

DESDÉMONA

¡Esposo mío!

OTELO

Pláceme verte loca.

DESDÉMONA

¿Qué dices, esposo?

OTELO

¡Aparta, demonio!

DESDÉMONA

¿Tal he merecido?

LUDOVICO

Ni con juramento lo creería nadie en Venecia. ¡Qué ultraje tan brutal! ¿No veis cómo está llorando?

OTELO

¡Víbora! Si el llanto de las mujeres pudiera fecundar la tierra, de cada gota nacería un cocodrilo. ¡Lejos, lejos de aquí!

DESDÉMONA

Me iré por no verte enojado.

LUDOVICO

¡Qué humildad y modestia! Compadeceos de ella, señor gobernador. Volvedla a llamar.

OTELO

Venid aquí, señora.

DESDÉMONA

¿Qué me queréis, esposo mío?

OTELO

Sí. ¿Qué la queréis? ¿No me decíais que la llamase? Sí, sí, ella volverá y llorará, porque sabe llorar, caballero, sabe llorar, y es muy humilde, muy sumisa, como antes decíais. Lloro, lloro más. Esta carta me manda volver... ¡Oh perfidia astuta! Me mandan volver. Retírate. Luego nos veremos. Obedezco. Volveré a Venecia. ¡Lejos, lejos de aquí, Desdémona! (Se va Desdémona.) Casio me ha de suceder. Esta noche venid a cenar conmigo. Bien venido seáis a Chipre. (Aparte.) ¡Monos lascivos, esposos sufridos!

(Se va)

LUDOVICO

¿Y este es aquel moro, de quien tantas ponderaciones oí en el Senado? ¿Este el de alma severa, firme e imperturbable contra los golpes de la suerte o los furores de la pasión?

YAGO

Parece otro.

LUDOVICO

¿Estará sano? ¿Habrá perdido la cabeza?

YAGO

Es lo que es. No está bien que yo os diga más. ¡Ojalá que volviera a ser lo que ha sido!

LUDOVICO

¿Cómo podrá haberse arrebatado hasta el extremo de golpear a su mujer?

YAGO

Mal ha hecho, pero ojalá sea el último ese golpe.

LUDOVICO

¿Es costumbre suya, o efecto de la lectura de la carta?

YAGO

¡Cuánto lo deploro! Pero estaría mal en mí el descubrirlo lo que sé. Vos mismo lo iréis viendo, y en sus actos lo descubriréis, de tal modo que nada os quede que saber ni que preguntarme.

LUDOVICO

Yo le creía de muy diverso carácter. ¡Qué lástima!

ESCENA II

OTELO Y EMILIA Otelos ¿Nada has visto? Emilia Ni oído ni sospechado.

OTELO

Pero a Casio y a ella los han visto juntos.

EMILIA

Pero nada sospechoso he advertido entre ellos, y eso que ni una sola de sus palabras se me ha escapado.

OTELO

¿Nunca han hablado en secreto?

EMILIA

Jamás, señor.

OTELO

¿Nunca te mandaron salir?

EMILIA

Nunca.

OTELO

¿Nunca te han enviado a buscar los guantes o el velo o cualquier otra cosa?

EMILIA

Jamás.

OTELO

Rara cosa.

EMILIA

Me atrevería a jurar que es fiel y casta. Desterrad de vuestro ánimo toda sospecha contra ella. Maldito sea el infame que os la haya infundido. Caiga sobre él el anatema de la serpiente. Si ella no es mujer de bien, imposible es que haya mujer honrada ni esposo feliz.

OTELO

Llámalas. Dile que venga pronto. (Vase Emilia.) Ella habla claro, pero si fuera confidente de sus amores, ¿no diría lo mismo? Es moza ladina y quizás oculta mil horribles secretos. Y sin embargo, yo la he visto arrodillada y rezando.

(Salen Desdémona y Emilia)

DESDÉMONA

¿Qué mandáis, señor?

OTELO

Ven, amada mía.

DESDÉMONA

¿Qué me quieres?

OTELO

Verte los ojos. Mírame a la cara.

DESDÉMONA

¿Qué horrible sospecha?...

OTELO

(A Emilia.) Aléjate, déjanos solos, y cierra la puerta. Si alguien se acerca, haznos señal tosiendo. Mucha cautela. Vete.

(Se va Emilia)

DESDÉMONA

Te lo suplico de rodillas. ¿Qué pensamientos son los tuyos? No te entiendo, pero pareces loco furioso.

OTELO

¿Y tú qué eres?

DESDÉMONA

Tu fiel esposa.

OTELO

Si lo juras, te condenarás eternamente, aunque puede que el demonio, al ver tu rostro de ángel, dude en apoderarse de ti. Vuelve, vuelve a condenarte: júrame que eres mujer de bien.

DESDÉMONA

Dios lo sabe.

OTELO

Dios sabe que eres tan falsa como el infierno.

¿Falsa yo? ¿Con quién? ¿Por qué, esposo mío? ¿Yo falsa?

OTELO

¡Lejos, lejos de aquí, Desdémona!

DESDÉMONA

¡Día infausto! ¿Por qué lloras, amado mío! ¿Soy yo la causa de tus lágrimas? No me eches la culpa de haber perdido tu empleo, quizá por odio de mi padre. Lo que tú pierdes, lo pierdo yo también.

OTELO

¡Ojalá que el cielo agotara sobre mi fortaleza todas las calamidades!
¡Ojalá que vertiese sobre mi frente dolores y vergüenzas sin número, y me sepultara en el abismo de toda miseria, o me encerrara en cautiverio fierísimo y sin esperanza! Todavía encontraría yo en algún rincón de mi alma una gota de paciencia. ¡Pero convertirme en espantajo vil, para que el vulgo se mofe de mí y me señale con el dedo! ¡Y aún esto podría yo sufrirlo! Pero encontrar cegada y seca para siempre la que juzgué fuente inagotable de vida y de afectos, o verla convertida en sucio pantano, morada de viles renacuajos, en nido de infectos amores, ¿quién lo resistirá? ¡Ángel de labios rojos! ¿Por qué me muestras ceñudo como el infierno tu rostro?

DESDÉMONA

Creo que me tiene por fiel y honrada mi esposo.

OTELO

Fiel como las moscas que en verano revolotean por una carnicería.
¡Ojalá nunca hubieras brotado, planta hermosísima, y envenenadora del sentido!

DESDÉMONA

¿Pero qué delito es el mío?

OTELO

¿Por qué en tan bello libro, en tan blancas hojas, sólo se puede leer esta palabra: «ramera»? ¿Qué delito es el tuyo, me preguntas? Infame cortesana, si yo me atreviera a contar tus lascivas hazañas, el rubor subiría a mis mejillas, y volaría en cenizas mi modestia. ¿Qué delito es el tuyo? El mismo sol, la misma luna se escandalizan de él, y hasta el viento que besa cuanto toca, se esconde en los más profundos senos de la tierra, por no oírlo. ¿Cuál es tu delito? ¡Infame meretriz!

DESDÉMONA

¿Por qué me ofende así?

OTELO

Pues qué, ¿no eres mujer ramera?

DESDÉMONA

No: te lo juro como soy cristiana. Yo me he conservado tan pura e intacta como el vaso que sólo tocan los labios del dueño.

OTELO

¿No eres infiel?

DESDÉMONA

No: así Dios me salve.

OTELO

¿De veras lo dices?

DESDÉMONA

¡Piedad, Dios mío!

OTELO

Perdonadme, señora: os confundí con aquella astuta veneciana que fue esposa de Otelo. (Levantando la voz.) Tú que enfrente de San Pedro guardas la puerta del infierno... (Sale Emilia.) Contigo hablaba. Ya está arreglado todo. Recoge tu dinero; cierra la puerta, y nada digas.

(Se va Otelo)

EMILIA

¿Qué sospecha atormenta a vuestro marido? ¿Qué os sucede, señora?

DESDÉMONA

Me parece que estoy soñando.

EMILIA

Señora, ¿qué le sucede a mi señor? decídmelo.

DESDÉMONA

¿Y quién es tu señor?

EMILIA

El vuestro, el moro.

DESDÉMONA

Ya no lo es, Emilia, no hablemos más. No puedo llorar, ni hablar sin llorar. Esta noche ataviarás mi lecho con las galas nupciales. Di a Yago que venga.

EMILIA

¡Qué alteración es esta!

(Se va)

¿Será justo lo que hace conmigo? ¿Habré andado alguna vez poco recatada, dando ocasión a sus sospechas?

(Salen Emilia y Yago)

YAGO

¿Me llamabais? ¿Estáis sola, señora?

DESDÉMONA

No lo sé. El que reprende a un niño debe hacerlo con halago y apacible manera, y yo soy como un niño.

YAGO

¿Pues qué ha sido, señora mía?

EMILIA

¡Ay, Yago! El moro la ha insultado, llamándola ramera y otros vocablos groseros y viles, intolerables para todo pecho bien nacido.

DESDÉMONA

¿Y yo merecía eso?

YAGO

¿Qué, señora mía?

DESDÉMONA

Lo que él me ha dicho.

YAGO

¡Llamarla ramera! No dijera tal un pícaro en la taberna, hablando de su querida.

EMILIA

¿Y todo por qué?

DESDÉMONA

Lo ignoro. Pero yo no soy lo que él ha dicho.

YAGO

Serenaos, por Dios. No lloréis. ¡Día infeliz!

EMILIA

¡Para eso ha dejado su patria y a su padre y a tantos ventajosos casamientos! Para que la llamen «ramera». Ira me da el pensarlo.

DESDÉMONA

Esa es mi desdicha.

YAGO

¡Ira de Dios caiga sobre él! ¿Quién le habrá infundido tan necios recelos?

DESDÉMONA

Dios lo sabe, Yago.

EMILIA

Maldita sea yo, si no es algún malsín calumniador, algún vil lisonjero quien ha tramado esta maraña, para conseguir de él algún empleo. Ahorcada me vea yo, si no acierto.

YAGO

No hay hombre tan malvado. Dices un absurdo. Cállate.

DESDÉMONA

Y si le hay, Dios le perdone.

EMILIA

¡Perdónele la cuchilla del verdugo! ¡Roa Satanás sus huesos! ¡Llamarla ramera! ¿Con qué gentes ha tratado? ¿Qué sospecha, aun la más leve, ha dado? ¿Quién será el traidor bellaco que ha engañado al moro? ¡Dios mío! ¿Por qué no arrancas la máscara a tanto infame? ¿Por qué no pones un látigo en la mano de cada hombre honrado, para que a pencazos batanee las desnudas espaldas de esa gavilla sin ley, y los persiga hasta los confines del orbe?

YAGO

No grites tanto.

EMILIA

¡Infames! De esa laya sería el que una vez te dio celos, fingiendo que yo tenía amores con el moro.

YAGO

¿Estás en tu juicio? Cállate.

DESDÉMONA

Yago, amigo Yago, ¿qué haré para templar la indignación de Oteló? Dímelo tú. Te juro por el sol que nos alumbra que nunca ofendí a mi marido, ni aun de pensamiento. De rodillas te lo digo; huya de mi todo consuelo y alegría, si alguna vez le he faltado en idea, palabra u obra; si mis sentidos han encontrado placer en algo que no fuera Oteló; si no le he querido siempre como ahora le quiero, como le seguiré queriendo, aunque con ingratitud me arroje lejos de sí. Ni la pérdida de su amor aunque baste a quitarme la vida, bastará a despojarme del afecto que le tengo. Hasta la palabra «adúltera» me causa horror, y ni por todos los tesoros y grandezas del mundo cometería yo tal pecado.

YAGO

Calma, señora; el moro es de carácter violento, y además está agraviado por los negocios políticos, y descarga en vos

DESDÉMONA

¡Ojalá que así fuera! Pero mi temor es...

YAGO

Pues la causa no es otra que la que os he dicho. Podéis creerlo. (Tocan las trompetas.) ¿Oís? Ha llegado la hora del festín. Ya estarán

aguardando los enviados de Venecia. No os presentéis llorando, que todo se remediará. (Vanse Emilia y Desdémona.) (Sale Rodrigo.) ¿Qué pasa, Rodrigo?

RODRIGO

Pienso que no procedes de buena fe conmigo.

YAGO

¿Y por qué?

RODRIGO

No hay día que no me engañes, y más parece que dificultas el éxito de mis planes, que no que le allanas; y a fe mía, que ya no tengo paciencia ni sufriré más, porque fuera ser necio.

YAGO

¿Me oyes, Rodrigo?

RODRIGO

Demasiado te he oído, porque tienes tan buenas palabras como malas obras.

YAGO

Ese cargo es muy injusto.

RODRIGO

Razón me sobra. He gastado cuanto tenía. Con las joyas que he regalado a Desdémona, bastaba para haber conquistado a una sacerdotisa de Vesta. Tú me has dicho que las ha recibido de buen talante: tú me has dado todo género de esperanzas, prometiéndome su amor muy en breve. Todo inútil.

YAGO

Bien está, muy bien; prosigue.

RODRIGO

¡Qué está muy bien, dices! Pues no quiero proseguir. Nada está bien, sino todo malditamente, y empiezo a conocer que he sido un insensato y un majadero.

YAGO

Está bien.

Repito que está muy mal. Voy a ver por mí mismo a Desdémona, y con tal que me vuelva mis joyas, renunciaré a todo amor y a toda loca esperanza. Y si no me las vuelve, me vengaré de ti.

YAGO

¿Y eso es todo lo que se te ocurre?

RODRIGO

Sí, y todas mis palabras las haré buenas con mis obras.

YAGO

Veo que eres valiente, y desde ahora te estimo más que antes. Dame la mano, Rodrigo. Aunque no me agradan tus sospechas, algún fundamento tienen, pero yo soy inocente del todo.

RODRIGO

Pues no lo pareces.

YAGO

Así es en efecto, y lo que has pensado no deja de tener agudeza y discreción. Pero si tienes, como has dicho ahora, y ya lo voy creyendo, corazón y bríos y mano fuerte, esta noche puedes probarlo, y si mañana no logras la posesión de Desdémona, consentiré que me mates, aunque sea a traición.

RODRIGO

¿Lo que me propones es fácil o a lo menos posible?

YAGO

Esta noche se han recibido órdenes del Senado, para que Otelo deje el gobierno, sustituyéndole Casio.

RODRIGO

Entonces Otelo y Desdémona se irán juntos a Venecia. Yago No: él se irá a Levante, llevando consigo a su mujer si algún acontecimiento imprevisto no lo impide, es decir si Casio no desaparece de la escena.

RODRIGO

¿Qué quieres decir con eso?

YAGO

Que convendría quitarle de en medio.

RODRIGO

¿Y he de ser yo quien le mate?

Tú debes de ser, si quieres conseguir tu objeto, y satisfacer tu venganza. Casio cena esta noche con su querida y conmigo. Todavía no sabe nada de su nombramiento. Espéralo a la puerta; yo haré que salga a eso de las doce de la noche, y te ayudaré a matarle. Sígueme: no te quedes embobado. Yo te probaré clarísimamente la necesidad de matarle. Ya es hora de cenar. No te descuides.

RODRIGO

Dame alguna razón más que me convenza.

YAGO
Te la daré.

ESCENA III

Sala del castillo

OTELO, LUDOVICO, DESDÉMONA, EMILIA

LUDOVICO

Señor: no os molestéis en acompañarme.

OTELO

No: me place andar en vuestra compañía.

LUDOVICO

Adiós, señora. Os doy muy cumplidas gracias.

OTELO

Y yo me felicito de vuestra venida.

LUDOVICO

¿Vamos, caballero? ¡Oh! aquí está Desdémona.

DESDÉMONA

¡Esposo mío!

OTELO

Retírate pronto a acostar. No tardaré en volver. Despide a la criada, y obedéceme.

DESDÉMONA

Así lo haré, esposo mío.

(Vanse todos menos Emilia y Desdémona)

¿Qué tal? ¿Se ha amansado en algo el mal humor de tu marido?

DESDÉMONA

Me prometió volver pronto, y me mandó que me acostase, despidiéndose en seguida.

EMILIA

¿Y por qué dejarte sola?

DESDÉMONA

Él lo mandó y sólo me toca obedecer, y no resistirme en nada.

Dame la ropa de noche, y aléjate.

EMILIA

¡Ojalá no le hubieras conocido nunca!

DESDÉMONA

Nunca diré yo eso. Le amo con tal extremo que hasta sus celos y sus furoros me encantan. Desátame las cintas.

EMILIA

Ya está; ¿adorno vuestro lecho con las ropas nupciales como me dijisteis?

DESDÉMONA

Lo mismo da. ¡Qué felices somos en cambiar de pensamientos! Si muero antes que tú, amortájame con esas ropas.

EMILIA

¡Pensar ahora en morirte! ¡Qué absurdo!

DESDÉMONA

Bárbara se llamaba una doncella de mi madre. Su amante la abandonó, y ella solía entonar una vieja canción del sauce, que expresaba muy bien su desconsuelo. Todavía la cantaba al tiempo de morir. Esta noche me persigue tenazmente el recuerdo de aquella canción, y al repetirla siento la misma tristeza que Bárbara sentía. No te detengas... ¡Es agradable Ludovico!

EMILIA

Mozo gallardo.

DESDÉMONA

Y muy discreto en sus palabras.

EMILIA

Dama veneciana hay, que iría de buen grado en romería a Tierra Santa sólo por conquistar un beso de Ludovico.

DESDÉMONA

(Canta)

«Llora la niña al pie del sicomoro. Cantad el sauce; cantad su verdor. Con la cabeza en la rodilla y la mano en el pecho, llora la infeliz. Cantad el fúnebre y lloroso sauce. La fuente corría repitiendo sus quejas. Cantad el sauce y su verdor. Hasta las piedras se movían a compasión de oírla.»

Recoge esto.

«Cantad el sauce, cantad su verdor.»

Vete, que él volverá muy pronto.

(Canta)

«Tejed una guirnalda de verde sauce. No os quejéis de él, pues su desdén fue justo.»

No, no es así el cantar. Alguien llama.

EMILIA

Es el viento.

DESDÉMONA

(Canta.) «Yo me quejé de su inconstancia, y él ¿qué me respondió? Cantad al sauce, cantad su verdor. Si yo me miro en la luz de otros ojos, busca tú otro amante.»

Buenas noches. Los ojos me pican. ¿Será anuncio de lágrimas?

EMILIA

No es anuncio de nada.

DESDÉMONA

Siempre lo he oído decir. ¡Qué hombres! ¿Crees, Emilia, que existen mujeres que engañen a sus maridos de tan ruin manera?

EMILIA

Ya lo creo que existen.

DESDÉMONA

¿Lo harías tú, Emilia, aunque te diesen todos los tesoros del mundo?

EMILIA

¿Y tú qué harías?

DESDÉMONA

Nunca lo haría, te lo juro por esa luz.

EMILIA

¿Lo harías, si te dieran el mundo entero?

EMILIA

Grande es el mundo, y comparado con él, parece pequeño ese delito.

DESDÉMONA

Yo creo que no lo harías.

EMILIA

Si que lo haría, para deshacerlo después. No lo haría por un collar ni por una sortija ni por un manto, pero si me daban el mundo, y podía yo hacer rey a mi marido, ¿cómo había de dudar?

DESDÉMONA

Pues yo, ni por todo el mundo haría tal ofensa a mi marido.

EMILIA

Es que el mundo no la juzgaría ofensa, y si os daban el mundo, como la ofensa era en vuestro mundo, fácil era convertirla en bien.

DESDÉMONA

Pues yo no creo que haya tales mujeres.

EMILIA

Más de una y más de veinte: tantas que bastarían para llenar un mundo. Pero la culpa es de los maridos. Si ellos van a prodigar con otras el amor que es nuestro, o nos encierran en casa por ridículos celos, o nos golpean, o gastan malamente nuestra hacienda, ¿no hemos de enfurecernos también? Ciertamente que somos benignas de condición, pero capaces de ira. Y sepan los maridos que las mujeres tienen sentidos lo mismo que ellos, y ven y tocan y saborean, y saben distinguir lo dulce de lo amargo. Cuando ellos abandonan a su mujer por otra, ¿qué es lo que buscan sino el placer? ¿Qué les domina sino la pasión? ¿Qué les vence sino la flaqueza? ¿Nosotras no tenemos también apetitos, pasiones y flaquezas? Conforme nos traten, así seremos.

DESDÉMONA

Adiós. El Señor me ampare, y haga que el maltrato de mi marido produzca en mí virtudes, y no vicios.

ACTO V
ESCENA PRIMERA

Calle

YAGO Y RODRIGO

YAGO

Rodrigo

No te alejes, por si me sale mal mi intento.

YAGO

Estaré detrás de ti, En guardia. (Se va)

RODRIGO

Del resultado no tengo confianza, y sin embargo, las razones que me da me convencen. Que muera uno ¿qué importa? (Se retira)

YAGO

Tanto me he burlado de este necio que ya empiezo a conocerlo. Mate él a Casio, mátele Casio a él o mueran los dos, siempre saldré ganando. Si Rodrigo escapa, comenzará a pedirme el dinero y las joyas que le he sacado, so pretexto de seducir a Desdémona. Y si se salva Casio, su presencia será un perpétuo acusador contra mí, y además el moro podrá referir a Casio lo que ha pasado entre nosotros, y ponerme en grave peligro. Muera, pues. Le sienta llegar.

(Sale Casio)

RODRIGO

Él es. Le conozco. ¡Muere, traidor!

(Le da una estocada.)

CASIO

La vida me hubiera costado esta estocada, a no traer el jubón tan bien aforrado. Veamos cómo está el tuyo.

(Hierne a Rodrigo)

RODRIGO

¡Confesión! ¡Muerto soy!

(Yago hierne en las piernas a Casio y huye luego)

CASIO

¡Me han dejado cojo para siempre! ¡Asesino! ¡Favor!

(Sale Otelo)

OTELO

Voz es de Casio. Yago ha cumplido bien su palabra.

RODRIGO

¡Qué infame he sido!

OTELO

Sí, él es: no hay duda.

CASIO

¡Favor! ¡Luces! ¡Un cirujano! Otelos Es Casio, es Casio. ¡Oh valeroso Yago, que has sentido como propia la afrenta de un amigo, tú me muestras el camino de la venganza! ¡Adúltera mujer! Ya ha sucumbido tu amante, y se acerca tu última hora. Voy a buscarte, borrando de mi corazón hasta el último recuerdo de tus hechizos y de la luz de tus ojos. Sangre de tu torpe corazón ha de purificar nuestro lecho mancillado por ti.

(Se va) (Salen Ludovico y Graciano)

CASIO

¿Dónde está la ronda? ¿Nadie acude? ¡Favor! ¿Por qué no prendéis al asesino?

GRACIANO

¡Oh qué desgracia! ¡Qué espanto causan en mí esas voces!

CASIO

¡Ayuda!

LUDOVICO

¡Silencio!

RODRIGO

¡Infame!

LUDOVICO

Oigo los gemidos de dos o tres personas. ¡Infausta noche! ¿Será alguna zalagarda? Procedamos con cautela. ¿Quién se arroja a darles auxilio sin la ronda?

RODRIGO

Socorredme, que me desangro.

LUDOVICO

¿No lo oyes?

(Sale Yago en cuerpo y con una luz)

Ahí viene un hombre medio desnudo, con armas y luz.

YAGO

¿Quién es? ¿Quién grita «asesino»?

LUDOVICO

No lo sabemos.

YAGO

¿No habéis oído voces?

CASIO

¡Favor de Dios! ¡Por aquí, por aquí!

YAGO

¿Qué sucede?

GRACIANO

Si no me equivoco, es la voz del alférez de Otelo.

LUDOVICO

No tiene duda. Y es Valentín tu mancebo.

YAGO

¿Quién eres tú que tan amargamente te quejas?

CASIO

Yago me han acometido unos asesinos, dame favor.

YAGO

¡Dios mío! ¡Mi teniente! ¿Quién os ha puesto de esa manera?

CASIO

Uno de ellos está herido cerca de mí, y no puede huir.

YAGO

¡Villanos, alevosos! ¿Quién sois? ¡Favor, ayuda!

RODRIGO

¡Favor, Dios mío!

Uno de ellos es aquel.

YAGO

¡Traidor, asesino!

(Saca el puñal y hiere a Rodrigo)

RODRIGO

¡Maldito Yago! ¡Perro infernal!

YAGO

¡Asaltarle de noche y a traición! ¡Bandidos! ¡Qué silencio, qué soledad! ¡Muerte! ¡Socorro! ¿Y vosotros veníais de paz o en son de combate?

LUDOVICO

Por nuestros hechos podéis conocerlo.

YAGO

¡Ilustre Ludovico!

LUDOVICO

El mismo soy.

YAGO

Perdón os pido. Ahí yace Casio a manos de traidores.

GRACIANO

¡Casio!

YAGO

¿Qué tal, hermano?

CASIO

Tengo herida la pierna.

YAGO

¡No lo quiera Dios! ¡Luz, luz! Yo vendaré las heridas con mi ropa.

(Sala Blanca)

BLANCA

¿Qué pasa? ¿Qué voces son esas?

YAGO

¿De quién son las voces?

BLANCA

¡Casio, mi amado Casio, mi dulce Casio!

YAGO

¡Ramera vil! Amigo Casio, ¿y ni aun sospecháis quién pudo ser el agresor?

CASIO

Lo ignoro.

GRACIANO

¡Cuánto me duele veros así! Venía a buscaros.

YAGO

¡Dadme una venda! Gracias. ¡Oh si yo tuviera una silla de manos, para llevarle a casa!

BLANCA

¡Ay que pierde el sentido! ¡Casio, mi dulce Casio!

YAGO

Amigos míos, yo tengo mis recelos de que esta joven tiene parte no escasa en el delito. Esperad un momento. Que traigan luces, a ver si podremos conocer al muerto. ¡Amigo y paisano mío, Rodrigo! ¡No, no

es! Sí, sí, ¡Rodrigo! ¡Qué suceso más extraño!

GRACIANO

¿Rodrigo el de Venecia?

YAGO

El mismo, caballero. ¿Le conocíais vos?

GRACIANO

Ya lo creo que le conocía.

YAGO

¡Amigo Graciano! perdonadme. Con este lance estoy tan turbado que no sé lo que me sucede.

GRACIANO

Mucho me place el veros.

YAGO

¡Rodrigo!

YAGO

No cabe duda que es él. Lo deploro. Venga la litera. Llevadle despacio a casa de alguna persona caritativa. Me iré a llamar al médico de Otelo. No tengáis cuidado, señora. El desdichado que ahí yace muerto, fue muy amigo mío. ¿Cuál sería la causa de la pendencia?

CASIO

Ciertamente que no lo sé. Ni siquiera le conozco.

YAGO

(A Blanca.) ¿Perdéis el color? Retirad el cadáver. No me abandonéis, caballeros. Mucho palidecéis, señora mía. ¿No veis qué asustada y sin sosiego está? Creo que ella podría decirnos algo. Miradla, miradla de espacio. ¿No lo advertís, caballeros? La lengua calla, pero la conciencia habla a gritos.

(Sale Emilia)

EMILIA

¿Qué pasa? ¡Ay, esposo mío!

YAGO

A traición han acometido a Rodrigo. Algunos se han escapado. Él queda muerto y Casio herido.

EMILIA

¡Infeliz Casio! ¡Pobre caballero!

YAGO

¡Fruto natural de la vida que él traía! Vete, Emilia, y pregunta a Casio dónde cenó esta noche. (A Blanca.) ¿Por qué tembláis, señora?

BLANCA

En mi casa cenó, pero no tiemblo por eso.

YAGO

¿Con que en tu casa? Pues ven conmigo.

EMILIA

¡Mala mujer, ramera!

BLANCA

Soy tan honrada como vos. No me insultéis.

EMILIA ¡Tan honrada como yo! ¡Perdida! Yago Vamos a cuidar a Casio, amigos míos. Señora, venid, que pronto hablaréis de otra manera. Emilia, vete a toda prisa al castillo, refiéreselo todo al moro y a Desdémona. Venid conmigo. (Aparte.) Esta noche será la de mi felicidad o la de mi ruina.

(Se van)

ESCENA II

Alcoba en el castillo

DESDÉMONA DORMIDA. A SU LADO UNA LUZ (Sale Otelo)

OTELO

Con razón lo hago, con razón ¡alma mía! No os lo quiero contar, castas estrellas. Tampoco quiero derramar la sangre de ella, ni ajar su cutis más blanco que la nieve, y más tierno que mármol sepulcral. Y con todo eso, tengo que matarla, para que no engañe a otros hombres. Apagaré esta luz... y luego aquella. Si apago esta luz y luego me arrepiento, puedo volver a encenderla, pero si te apago a ti, luz clarísima, primor y ejemplar de la naturaleza, ¿dónde hallaré el fuego de Prometeo, para volverte a dar la vida? Si arranco la flor de su tallo, ¿cómo he de restituirla su frescura y lozanía? Necesario es que se marchite. Quiero respirar por la última vez su deleitoso aroma. (La besa.) ¡Oh regalado aliento de su boca, casi bastas para arrancar el hierro de la mano de la justicia! Otro beso y nada más. ¡Quédate así, cuando yo te mate: que muerta y todo te he de amar! Otro beso, el último. Nunca le hubo más delicioso ni más fatal: lloremos. Mi llanto es feroz, y mi ira es como la de Dios, que hiere donde más ama. Ahora se despierta.

DESDÉMONA

(Despertándose.) ¿Eres tú, Otelo?

OTELO

Yo soy, Desdémona.

DESDÉMONA

Esposo mío, ¿quieres descansar?

OTELO

¿Has rezado esta noche, Desdémona?

DESDÉMONA

Sí.

OTELO

Pues pide a Dios perdón, si te acuerdas de algún crimen, que Dios no te haya perdonado todavía.

¡Dios mío! ¿Qué me quieres decir, esposo?

OTELO

Hazlo, y pronto. Yo me alejaré entre tanto. No quiero que mueras sin confesión. No quiero condenar tu alma.

DESDÉMONA

¿Qué? ¿Quieres matarme?

OTELO

Sí, por cierto.

DESDÉMONA

¡Perdón, Dios mío!

OTELO

¡Así sea! Dilo con todas las fuerzas de tu alma.

DESDÉMONA

Tú que así hablas no puedes matarme.

OTELO

¿Qué?

DESDÉMONA

Con todo eso, te tiemblo. Tu mirada me aterra. Y no sé por qué es mi temor, pues de ningún crimen me reconozco culpable. Y sin embargo, tiemblo.

OTELO

Acuérdate de tus pecados.

DESDÉMONA

Será el amor que te profeso.

OTELO

Por ese amor te mato.

DESDÉMONA

¿Matarme porque te amo? ¡Oh indigna muerte! ¿Por qué te muerdes los labios? ¡Ciega pasión te descamina! Agüeros son de mal suceso; pero yo espero que no me amenazan a mí.

OTELO

Sí callaré, ¿pero qué pasa?

OTELO

¿Tú diste a Casio aquel pañuelo, regalo mío y que yo tanto, apreciaba?

DESDÉMONA

¡No, te lo juro por mi vida! Pregúntaselo a él.

OTELO

No jures en falso, amada mía, que ya estás en el tálamo de la muerte.

DESDÉMONA

¿Tan pronto?

OTELO

En seguida. Confiesa, pues, tus culpas, una por una, que aunque las niegues con los más firmes juramentos, no has de disminuir en un ápice mi firme convicción. De todas maneras, morirás.

DESDÉMONA

Entonces, Dios tenga compasión de mí.

OTELO

Así sea.

DESDÉMONA

Y tenla tú también, jamás te falté, ni aun de pensamiento. Nunca puse mi corazón en Casio ni le di prenda alguna de amor. Quísele sólo con la amistad que Dios aprueba.

OTELO

¡Dios mío! ¡Y yo que he visto el pañuelo en sus manos! ¡Tú quieres volverme loco, y hacer que trueque en asesinato lo que quiero que sea sacrificio! Yo he visto el pañuelo.

DESDÉMONA

Él lo encontró en el suelo. Yo no se le di. Que él venga y nos declare la verdad.

OTELO

Ya la ha confesado.

DESDÉMONA

¿Y qué confesó?

Que alcanzó favores tuyos.

DESDÉMONA

¿Ilícitos?

OTELO

Sí.

DESDÉMONA

Falso. No lo repetirá delante de mí.

OTELO

No, porque Yago le ha cerrado la boca.

DESDÉMONA

¡Ah! Tiemblo. ¿Casio ha muerto?

OTELO

¡Ojalá hubiera tenido tantas vidas como cabellos, para que mi venganza las hubiera devorado una por una!

DESDÉMONA

¡Calumnia, calumnia atroz, que nos ha perdido!

OTELO

¡Infame! ¿Y te atreves a llorarle delante de mí?

DESDÉMONA

¡Esposo mío, destiérrame de tu presencia, pero no me mates!

Otelo Apártate, vil adúltera.

DESDÉMONA

Déjame vivir siquiera esta noche. Mátame mañana.

OTELO

¿Aún te defiendes?

DESDÉMONA

Siquiera una hora de vida.

La hora inevitable ha llegado.

DESDÉMONA

Dejadme rezar una oración.

OTELO

Ya es tarde.

(La estrangula)

EMILIA

(Dentro.) ¡Abrid, señor, abrid!

OTELO

¿Quién llama? ¿Estará muerta del todo? En medio de todo, la tengo lástima, y no quiero alargar su agonía.

EMILIA (Dentro.) ¡Abrid, señor! Otelo

¿Quién es?

EMILIA

(Dentro.) Señor, dejadme deciros dos palabras.

OTELO

Es Emilia. Voy a abrirla. Ya ha muerto Desdémona. ¿Vendrá Emilia a contarme la muerte de Casio? Aquí era el ruido. Está inmóvil, yerta como la losa de un sepulcro. ¿Abriré? ¿Será una imprudencia? ¡Me parece que se mueve! No es nada. ¿Qué haré? Si entra, preguntará por

mi mujer. ¡Mi mujer, mi mujer! ¿Y quién es mi mujer? Yo no la tengo.
¡Hora tristísima! ¡Ojalá hubiese ahora un eclipse de sol y de luna, y se
abriera el centro de la tierra!

EMILIA

¡Abrid, señor! Que es muy importante lo que tengo que deciros.

OTELO

Ya no me acordaba de ti, Emilia. Entra, pero despacio Voy a cerrar
las cortinas del lecho.

(Abre la puerta) (A Emilia)

¿Qué nuevas traes? Dímelas.

EMILIA

Señor, cerca de aquí acaban de matar a uno.

OTELO

En este instante.

EMILIA

Ahora mismo.

OTELO

Influjos son de la luna, que anda ahora muy cerca de la tierra, y hace
sentir aquí sus efectos.

EMILIA

Casio ha dado muerte a un mancebo veneciano llamado Rodrigo.

OTELO

¿Muerto Rodrigo? Y Casio muerto también.

EMILIA

No. Casio no ha muerto.

OTELO

¡Casio no ha muerto! Entonces ese homicidio, lejos de serme grato,
me es aborrecible.

DESDÉMONA

¡Oh muerte cruel!

EMILIA

¿Qué grito ha sonado?

OTELO

¿Grito? ¿Dónde?

EMILIA

Grito de mi señora. Amparadme, por Dios. Decidme algo, señora,
amada Desdémona.

OTELO

Muere sin culpa.

EMILIA

¿Y quién la mató?

DESDÉMONA

Nadie. Yo me maté. Que Oteló me conserve en su recuerdo. Adiós, esposo mío.

¿Pues cómo ha muerto?

EMILIA

¿Quién lo sabe?

OTELO

Ya has oído que ella misma dice que yo no fui.

EMILIA

Vos fuisteis. Y es preciso que digáis la verdad.

OTELO

Por la mentira se ha condenado y baja al infierno. Yo la maté.

EMILIA

¡Ella era un ángel, vos sois un demonio!

OTELO

Ella fue pecadora y adúltera.

EMILIA

La estáis calumniando infame y diabólicamente.

OTELO

Fue falsa y mudable como el agua que corre.

EMILIA

Y tú violento y rápido como el fuego. Siempre te guardó fidelidad, y fue tan casta como los ángeles del cielo. Oteló Casio gozó de su amor. Que te lo cuente tu marido. ¡Oh, merecería yo pagar mi necio crimen en lo más hondo del infierno, si antes de arrojarme a la venganza, no hubiera examinado bien la justicia de los motivos! Yago lo averiguó.

EMILIA

¿Mi marido?

OTELO

Tu marido.

EMILIA

¿Él averiguó que Desdémóna te había sido infiel?

Sí, con Casio. Y si no me hubiera sido traidora, te juro que no la hubiera trocado ni por un mundo que el cielo hubiese fabricado para mí de un crisólito íntegro y sin mancha.

EMILIA

¡Mi marido!

OTELO

Él me lo descubrió todo. Es hombre de bien, y aborrece toda infamia y torpeza.

EMILIA

¡Mi marido!

OTELO

¿Por qué repites tanto: «mi marido»?

EMILIA

¡Ay pobre señora mía, cómo la maldad se burla del amor! ¡Qué negra iniquidad! ¿Y mi marido te dijo que ella había sido infiel?

OTELO

Sí, tu marido. ¿Lo entiendes bien ahora? Yago, mi fiel amigo Yago.

EMILIA

Pues si tales cosas te ha dicho, consúmase su alma, un átomo cada día. ¡Ha mentido como un infame! Bien deseaba el puesto que tan caro ha comprado.

OTELO

¡Por Dios vivo!...

EMILIA

Puedes matarme: será un hecho tan indigno de memoria como lo eres tú.

OTELO

Debías callar.

EMILIA

Aun mayor que tu poder es mi valor. ¡Necio, más estúpido que el polvo de la tierra! ¡Vaya una bravata! Me río de tu acero. Voy a contar a gritos quién eres, aunque me cueste la vida y cien vidas. ¡Socorro, que el moro ha asesinado a mi señora! ¡Socorro!

MONTANO

¿Ahí estás, Yago? ¡Qué habilidad tienes! ¡Dejar que un infame te acuse para disculpar sus crímenes!

GRACIANO

¿Pero qué ha pasado?

EMILIA

Si eres hombre, desmiéntele. Él cuenta que tú le dijiste que su mujer le era infiel. Yo sé bien que no lo has dicho, porque no eres tan malvado. Habla, respóndele, que el corazón quiere saltárseme.

YAGO

Le dije lo que yo tenía por cierto, y lo que luego él ha averiguado.

EMILIA

¿Y tú le dijiste que mi señora no era honrada?

YAGO

Sí que se lo dije.

EMILIA

Pues dijiste una mentira odiosa, infernal y diabólica. ¡Poder de Dios! ¿Y le dijiste que era infiel con Casio, con Casio?

YAGO

Sí, con Casio. Cállate, mujer.

EMILIA

No he de callar. Es necesario que yo hable. Mi pobre señora yace muerta en su lecho.

TODOS

¡No lo consienta Dios!

EMILIA

Y tus delaciones son causa de su muerte.

OTELO

No os asombréis, señores. Así ha sucedido.

GRACIANO

¡Horrenda verdad!

EMILIA

Aquí se esconde alguna infernal añagaza... Y empiezo a sospechar...
¡Ah, sí: ya caigo!... Lo que siempre recelé...

¡Infame! ¡Me ahoga la ira! ¡Oh trama inicua!

YAGO

¿Estás loca? Vete a casa. Te lo mando.

EMILIA

Caballeros, dejadme hablar. Otra vez le obedeceré, no ahora. Y quizá nunca volveré a tu casa, Yago.

OTELO

¡Ay! ¡Ay!

EMLIA

¿Al fin lo sientes? Ruge, ruge. Has asesinado a la más santa y hermosa criatura que ha visto nunca la luz del sol.

OTELO

(Levantándose.) ¡Fue adúltera! No os había conocido, tío. (A Graciano.) Ahí teneis muerta a vuestra sobrina, y muerta a mis manos. Sé que esto os parecerá horrible...

GRACIANO

¡Pobre Desdémona! Cuán feliz es tu padre en haber pasado ya de esta vida. Tu boda le mató: el pesar de ella bastó a cortar el hilo de sus días. Pero si hoy viviera, y la viese muerta, pienso que había de maldecir hasta de su ángel de guarda, provocando la indignación del cielo.

OTELO

¡Qué dolor! Pero Yago sabe que ella mil veces se entregó a Casio. El mismo Casio lo confesaba, y además recibió de ella, en pago de su amor, el pañuelo, el regalo nupcial que yo le hice, un pañuelo que mi padre había dado a mi madre. Yo mismo le he visto en manos de Casio.

EMILIA

¡Dios poderoso! ¡Dios de bondad!

YAGO

¡Calla, te digo!

EMILIA

No: no puedo callar, no quiero. Hablaré libre como el viento, aunque me condenen Dios y los hombres y el infierno. No callaré: debo hablar.

YAGO

Jamás iré.

(Yago la amenaza)

GRACIANO

¿Qué? ¿La espada sacáis contra una débil mujer?

EMILIA

¡Perverso Oteló! Yo encontré aquel pañuelo; yo misma se le di a mi marido, porque con muchas instancias me había pedido que lo robara.

YAGO

¡Infame prostituta!

EMILIA

¿Que ella se lo dio a Casio? No: ¡si le encontré yo, y se le di a mi marido!

YAGO

Mientes, malvada.

EMILIA

No miento, no. Caballeros, no miento. ¡Bestia cruel! ¡Estúpido! ¿Cómo habías tú de poder contra esa santa?

OTELO

¡Monstruo! ¿No hay rayos en el cielo, o es que el trueno se los apropió todos?

(Se arroja sobre Yago, pero éste hiere a Emilia y huye)

GRACIANO

Sin duda ha muerto a su mujer.

EMILIA

Sí: muerta soy; colocadme al lado de mi ama.

GRACIANO

Él ha huido dejándola muerta.

MONTANO

¡Infame asesino! Toma tú esta espada que he quitado de manos del moro. Guardad la puerta: no le dejéis salir, aunque sea preciso matarle. Yo iré detrás de ese malvado, el más abominable de cuantos existen en el mundo.

OTELO

Hasta el valor he perdido: un niño podría desarmarme. Pero ¿qué importa? ¡Vaya con la virtud la honra! ¡Húndase todo!

EMILIA

Quiero acordarme de las palabras de tu canto, señora mía, óyeme, si es que aún tienes oídos. Moriré cantando como el cisne:

«Cantad el sauce, y su verdor cantad.»

Moro: ella fue honesta.

Moro: ella te amaba.

Verdad es: así yo me salve. Muero diciendo la verdad. Muero.

(Cae)

OTELO

Otra arma tengo aquí: una hoja española, reciamente templada en las aguas del Tajo. Ahora es cuando debo desnudarla, amado tío.

GRACIANO (Dentro.)

Vana empresa será el defenderte: no tienes armas, has de ceder.

Otelo

Entra, y óyeme, o embestiré desnudo como estoy.

(Sale Graciano) GRACIANO

¿Qué sucede?

OTELO

Espada tengo, la mejor que ciñó ningún guerrero, esta hoja y este brazo han allanado obstáculos veinte veces mayores que tu resistencia. Pero ¡qué insensato alarde! ¿Quién lidia contra la fortuna? Todo ha cambiado: no me temes aunque me ves con armas. Este es el término de mi viaje, la bahía y el puerto. ¿Te retiras tembloroso? ¿A qué ese miedo? Aunque ataques a Otelo con una débil caña, Otelo cederá. ¿Y a dónde ha de ir Otelo? Déjame ver tu rostro por última vez, infeliz esposa mía. Tan pálido está como tu vestidura. Cuando los dos comparezcamos ante el tribunal divino, esa mirada tuya bastará a arrojar mi alma del cielo, y los demonios harán presa en ella con sus uñas. ¡Ay de mí, siervo del pecado! ¡Furias, arrojadme del cielo con vuestros azotes! Demonios, arrastradme en vuestro gran torbellino, hacedme hervir en azufre o en pilas de hirviente metal. ¡Desdémona, Desdémona!

(Salen Ludovico, Motano, Casio herido, y Yago preso) Ludovico

¿Dónde está este infeliz temerario?

OTELO

Aquí tenéis al que fue Otelo.

LUDOVICO

¿Dónde ese basilisco, ese horrible Yago?

OTELO

¡Lástima que seas demonio, porque no podré matarte!

(Le hiere)

LUDOVICO

Desarmadle.

YAGO

Me has herido, pero no de muerte.

OTELO

Y no lo siento. Quiero que vivas, porque el morir es una dicha.

LUDOVICO

Otelo, tú que antes fuiste tan bueno y generoso, ¿cómo has caído en los lazos de este traidor artero? ¿Qué dirán de ti?

OTELO

Cuanto quieran, si así lo creéis; seré un delincuente honrado. Por honor la maté, no por odio.

LUDOVICO

En parte ya ha confesado su crimen. ¿Los dos concertasteis la muerte de Casio?

OTELO

Sí.

CASIO

Y sin razón ninguna.

OTELO

Téngolo por cierto y te pido perdón. Preguntad a ese demonio, qué motivo le pudo inducir a infernar de ese modo mi cuerpo y mi alma.

YAGO

No me preguntéis nada, no he de responder. Todo lo sabéis. Desde ahora no he de hablar.

LUDOVICO

¿Ni siquiera para rezar?

GRACIANO

El tormento te obligará a mover la lengua.

OTELO

Bien harás.

LUDOVICO

Sabedlo todo, pues aún hay algo que no ha llegado a vuestra noticia. En el bolsillo de Rodrigo se han encontrado dos cartas. Una de ellas explica cómo Rodrigo se encargó de dar muerte a Casio.

OTELO

¡Cobarde! Casio ¡Infame!

LUDOVICO

La otra carta contiene mil quejas contra Yago, pero se conoce que antes de enviarle Rodrigo la carta, encontró a Yago, y éste resolvió todas sus dudas y le decidió a lo que hizo.

OTELO

¡Perro traidor! ¿Y cómo llegó a tus manos, Casio, aquel pañuelo de mi mujer?

CASIO

Le hallé en mi aposento, y el mismo acaba de confesar que le dejó allí con este intento.

OTELO

¡Necio, mentecato!

CASIO

En la misma carta le echa en cara Rodrigo, entre otras mil acusaciones, el haberle excitado en el cuerpo de guardia a que riñese conmigo, de cuya riña resultó el perder yo mi empleo. Y él ha dicho antes de morir que Yago le acusó y le hirió.

LUDOVICO

Necesario es que vengáis con nosotros sin demora. El gobierno queda en manos de Casio. Y en cuanto a Yago creed que si hay algún tormento que pueda hacerle padecer eternamente sin matarle, a él se aplicará. Vos estaréis preso, hasta que sentencie vuestra causa el Senado de Venecia.

OTELO

Oídmeme una palabra, nada más, y luego os iréis. He servido bien y lealmente a la República, y ella lo sabe, pero no tratemos de eso. Sólo os pido por favor una cosa: que cuando en vuestras cartas al Senado refiráis este lastimoso caso, no tratéis de disculparme, ni de agravar tampoco mi culpa. Decid que he sido un desdichado; que amé sin discreción y con furor, que aunque tardo en recelar, me dejé arrastrar como loco por la corriente de los celos; decid que fui tan insensato como el indio que arroja al lodo una pieza preciosa que vale más que toda su tribu. Decid que mis ojos que antes no lloraban nunca, han destilado luego largo caudal de lágrimas, como destilan su balsámico jugo los árboles de Arabia. Contádselo todo así, y decid también que un día que en Alepo un turco puso la mano en un veneciano, ultrajando la majestad de la República, yo agarré del cuello a aquel perro infiel y le maté así.

(Se hiere)

LUDOVICO

¡Lastimosa muerte!

GRACIANO

Vanas fueron nuestras palabras.

OTELO

Esposa mía, quise besarte antes de matarte. Ahora te beso, y muero al besarte.

(Muere)

CASIO

Yo lo recelé, porque era de alma muy generosa, pero creí que no tenía armas.

LUDOVICO

¡Perro ladrón, más crudo y sanguinario que la muerte misma, más implacable que el mar alborotado! ¡Mira, mira los dos cadáveres que abruman ese lecho! Gózate en tu obra, cuyo solo espectáculo basta para envenenar los ojos. Cubrid el cadáver; haced guardar la casa, Graciano. Haced inventario de los bienes del moro. Sois su heredero. Y a vos, gobernador, incumbe el castigar a este perro sin ley, fijando el modo y la hora del tormento. Y ¡que sea cruel, muy cruel! Yo con lágrimas en los ojos voy a llevar a Venecia la relación del triste caso.